REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIV | San José, Costa Rica | 1932 | Sábado 30 de Enero | Núm. 4

Año XIII. No. 572

SUMARIO:

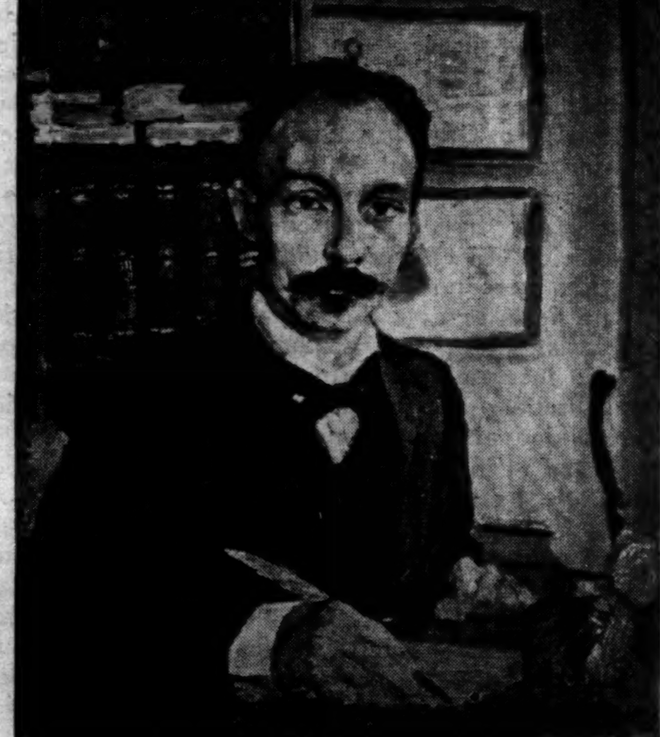
Gabriela Mistral y José Martí	Juan Marinello
Pensamos en El Salvador	Juan del Camino
Bibliografía titular	
Nuevo humanismo americano	V. F. Calverton
Poesías	Emma Gamboa
La misión de América	Alberto Masferrer
La unidad de la cultura	Gabriela Mistral
Un cuento de Quiroga	Guillermo Estrella
El solitario	Horacio Quiroga
Una encrucijada de la civilización (y 2)	B. Sanín Cano
La tragedia de Tchitcherin	Marcelino Valencia
Babel y América	Arturo Zapata
Blanca Luz Brum	María Vergara

Gabriela Mistral y José Martí

= De *Sur*. Buenos Aires =

Todos los ojos se tocan ahora en la frente de esta mujer ancha y alta que tiene el paso meditativo de los que llegan sin saber por donde. Se acerca a la pequeña mesa azul con un gesto de vencida o de maestra. Pone en orden unos papeles rebeldes poblados de letra grande y fuerte. Y comienza una lectura que cada espectador recibe como si sólo a él fuese enviada. Es una lectura monótona, queda, para no ahuyentar con ruido de palabras el caldo de entraña que corre por las letras gruesas. La luz, demasiado vecina, da ahora a la cara de esta mujer calidad de máscara. Las líneas de sombra violenta dibujan un rostro de biseles limpios, en que nada se quedó a medio hacer. El rostro está separado de la carne, pero no lejos de ella. La lectura tiene pausas breves, para que la voz se arregle los bríos apasionados que se le van desbridando. Por las pausas tocamos el reverso de la máscara iluminada, los hilos que tiran apasionadamente de la boca teresiana. Por las hendijas de pausa, por los resquicios que franquean las palabras calientes, vemos cómo la mujer ancha y alta está disolviendo la carga de su nombre y la llama que le atraviesa el alma y el cuerpo en una sonrisa india que retiene todas las respuestas. Esta mujer está apretando el dolor de su gente americana: el dolor que está en verle a todo la caída final y en no poder echarse a un lado en la carrera hasta el término vacío. A veces, la mano carnosa y larga va hasta el marco de la frente varonil y lo acaricia desmayadamente, dándolo todo por perdido. En el momento en que los ojos se llenan de la pregunta inédita, lejos de la boca amarga. Hay entonces en esta mujer un temblor de lengua con sed y con hartura de aguas que despeina un poco la cabellera leonada.

La mujer llega esta noche a sus oyentes de la mano de José Martí, gran guiador. José Martí tiene en esta mujer una resonancia de limpia autenticidad, de son cercano y distinto. El dolor agónico de su América se lo dará el cubano en su lamento viril y dulce y la llamará desde ayer a la faena de hallarle vías de salvación al indio y al hijo del español. Esta mujer, que tiene oídos milagrosos, dará la mano al Libertador en una sombra cargada de porvenir y se estremecerá en el lamento deshecho. Pero vendrá después la lucha con su sexo. Porque esta mujer—espíritu—es también carne sexuada. Su visión poderosa saldrá a veces empañada de sangre maternal. Con ojos maternos mirará al "manojo de pueblos" desentendidos de su necesidad, maestros en querellas lugareñas, sordos, ciegos y sin tacto en sus siestas perennes: indiferentes a su destino. Su palabra se volverá entonces seca y pelada como la leña de hacer fuego. Regañará como madre de aldea, la mano implacable como la boca. A ocasiones, el espectáculo de hermanos que se niegan le sacará palabras lloradas de desesperanza. La gangrena de unos cuantos la creerá de todos y sobre todos vendrá el doméstico caldero de aguas escaldadoras. Pedirá, a punta de grito maternal, justicia para sus pobres tierras desorientadas y mirará los lunares de los que quieren traérsela rápida y cabal.



José Martí

En Martí—esta mujer lo ha dicho—se hizo el milagro de la femineidad en carne de hombre. En él anduvieron ternezas, blanduras, rendimientos, silbos de la más neta mujereidad. Con gesto de mujer se acercó al niño, al desvalido, al tímido, al enfermo, al pecador remordido y al pecador naturalizado en su rencor. Con ojo femenino advirtió el detalle humilde y la artería que le rondaba a toda hora la decisión generosa. Y cuando tuvo que mirar a sus pueblos, a su continente, a su mundo ("patria es la porción de mundo que nos ha tocado contemplar más de cerca"—dijo—) se guardó los ojos de mujer, que acercan demasiado las cosas, y se puso los de hombre que miden la distancia subterránea y señorean el privilegio de totalidad.

¿Por qué la gran voz que suena viva en esta mujer se enreda a momentos con la amargura de la boca teresiana? ¿Por qué no vuelve en ella otra vez aquel milagro: el maridaje de maravilla entre la gran temperatura y el gran salto?

Ahora habla la mujer de lo tropical en Martí y le viene a las manos el resplandor húmedo de su vallecito chileno enjoyado de plátanos. Tropicalismo, mala palabra de América. Lentejuela que chilla su endeblez por la garganta de la luz. Parla borracha de sol y de calenturas adormecedoras. Brillo de charca en lo político. Brillo de vejigas prestadas en lo literario. Pero la mujer defiende al trópico. En él—adivina—hay lujo ostensible y ostentoso, pero el lujo viste a la sustancia, es su medida, su forma: su expresión. El trópico, como todo lo gigantesco, lo desmesurado, precisa dominadores egregios, tocados de

su grandeza. José Martí pugnó con el trópico y lo venció porque venía de él. Fué un leal que tuvo envergadura para la lealtad que el trópico quiere. Se gozó en beberle la sangre excesiva y robustecido con ella resistió sin pestañear el resplandor que a otros deslumbra — y entonces—para siempre. Después de Martí—dice la mujer—el trópico ha vuelto a ser invencible, ha vuelto a deshacer con sus manos caldeadas la materia cercana, ha abusado, como buen mandón hispanoamericano, de los súbditos canijos. Los heridos de su mano han huído de él, guareciéndose en casas extrañas, poniendo paredes de bruma al acoso agostador. Y el trópico no ha perdonado a los medrosos y les ha marcado los ojos. Cuando quieran decir el espectáculo nuevo—Madrid, París, Roma, Moscú...—habrá en el decir un desdibujo vicioso que denunciará a gritos ebrios el calor que les tostó el nacimiento.

El tropicalismo — meditamos, mientras la mujer cierra su defensa — es para el antillano problema de vida. Y vamos recordando, por entre estas palabras afiladísimas, que Pedro Henríquez Ureña quiso limpiar al Continente del pecado de exuberancia, tan entrado en el observador europeo. Negaba el crítico dominicano, que, por sus muchos libros y su rica observación, sabe de los atajos de nuestras selvas literarias, que por razón de nacimiento fuese el escritor de América a la expresión viciosa, a los perfiles imprecisos, a la música pegajosa. Y señalaba al español ejemplos americanos de señorial justeza, de cernida disciplina, de enjundiosa mesura. Para Henríquez Ureña, la distinción entre la América buena—la templada, la fría—y la América mala—la caliente, la tórrida—era falaz. Buena porción de la América geográficamente tropical posee tierras altas, altiplanicies templadas, hechas a la obra de meditación, a las doctas economías. Pero el Brasil y las Antillas son genuinamente tropicales: a la inserción en la cintura cálida del mundo, se une en ellas la poca elevación de los parajes habitados, lugares para el caracoleo barroco y el alarido irresponsable.

Hay sí — concluía Pedro Henríquez Ureña—una América en que la vida del hombre ha tocado cierta normalidad, cierta civilidad distante de la montonera y otra que se revuelve aún bajo la pezuña del caudillo campesino y el rebenque del tirano iletrado. En la primera, las capas mejores, serenadas del sobresalto de la Independencia y nutridas del santo horror de la improvisación, pueden dar una literatura de firmes calidades. En la segunda—Venezuela, caso eminente—el ruido de las querellas del cuartel y de las cadenas de la mazmorra entraban el vuelo certero del espíritu.

En Cuba—decimos nosotros a contrapelo de esta voz—nos cerca el calor de la tierra baja, restándonos la fuerza que el mismo trópico pide para ser sometido. Y los gérmenes de individualismo agresivo y de morbosa haronía que nos trajeron Castilla y Africa hierven en la calidez antillana con bríos redoblados. ¿Estará el escritor de Cuba enfrentado a tareas imposibles de cumplir? ¿Precisará para salvarse lucir, como en Martí, del poder ingenuo ilimitado y de la intuición que traspase los hierros cercanos y lleve sabidas la mitad de las cosas de afuera al acercarse a ellas? Pero el fuego martíense no puede correr las vías usuales. Será huida la carrera del escritor de Cuba?

"Pudo, como Rubén Darío, sacrificarlo todo al solo ideal de ser poeta; pero antes quiso acatar normas de honrado; y el deber y el amor se le agrandaron"... Pero su patrona legítima era la lengua, dice esta mujer. Y va al aislamiento de lo que hubo de original en el idioma literario de José Martí.

La aventura quiere ser de análisis, y al hincar la sonda de sabidurías en las letras inertes suben a la superficie unas esencias cordiales que dan el rumbo literario del Libertador. En otros hay que buscar el reflejo, el agua nutricia que viene de los maestros viejos. En Martí no cabe salirse de él. Y no porque deje de honrar su estirpe, negando su origen, sino porque es par de los mejores y dueño de un caudal que de nadie le vino. Lo que le llega de España, de la mejor España letrada, lo trasforma sin pérdida del son de raza, que también era suyo. Gracián y Santa Teresa le suenan a cosa raigal, no como a otros criollos a canto de movimientos concéntricos que hay que aprender doblegando el oído. El trópico lo defenderá de Castilla, pero no le matará el sabor materno de la lengua. Su vocabulario, su sintaxis, fueron las batallas—ganadas—entre lo criollo que fué su entraña y lo castellano que fué su instrumento. La fidelidad al viejo ritmo se mantiene hasta en el impulso innovador. Martí construye hermosas torres americanas, pero los sillares tienen en el lomo áspero mucho sol de Avila y de Salamanca. El período largo, elocuente, lujoso, con panoramas cercanos y lejanos en cada recodo, mejora el de los españoles de su día, porque las sentencias profusas no son, como en los oradores madrileños del diez y nueve, puntos muertos para tomar resuello y llegar con voz hasta el final, sino enriquecimientos reales que había que accesionar, a todo correr, al caudal matriz. Lo recibido de fuera o de ayer se tiñe de sus jugos, porque la aptitud receptiva de Martí es trabajo activo y colaboración vital. "Estos riachuelos han pasado por mi corazón". Y la frase pudo explicar, con **Ismaelillo**, toda su obra de escritor.

Mientras la mujer acaricia con la voz esos giros de raíz venerable, en que lo expresado se acomoda a sus anchas en la palabra de encaje consabido, nos tienta el deseo de indagar, de descubrir, el sentido del arcaísmo en Martí. Porque la contradicción aparece palmaria: ¿Cómo en un hombre proyectado hacia el futuro, hecho de ansias pendientes, cupo aquel saboreo de los viejos vinos, aquel rendimiento de amante frente a las formas cristalizadas, desposeídas de toque vitalizador y de sentido dinámico? ¿Cómo aquella virtud de ineditez quedaba presa en la vieja palabra? Don Miguel de Unamuno tendría ocasión aquí de echar mano a su tesis tradicionalista y acabaría situando la fuente del poder martíano en la leche espesa bebida de los abuelos legítimos. Pero en Martí lo nuevo—lo impar—se produce a pesar del vocablo venerable. Habría quizá que detenerse en la ponderación estricta de lo que fué la palabra para José Martí. Habría que anotar cómo en su caso el vocablo fué sólo instrumento expresivo, manera de echar fuera el amor civil y de "elaborar el porvenir. Si la lengua hubiera sido para Martí, como fué para Julián del Casal, "término y no vía", nos hubiera regalado un habla en que el tono—inigualado—hubiera interesado la corteza de fino taraceo.

Pero, y el tono, ¿se hubiera mantenido el mismo? Una lengua huérfana, desligada de sus afluentes y de espaldas a la ley acatada, hubiera sido una traición en José Martí. El artífice hubiera matado, con finísimas dagas de oro, al hombre de dolor universal. Los ojos se le hubieran vuelto expectantes, en ese largo esperar que es el encuentro con la forma nueva. El mundo—el hombre—hubiera huído de su intimidad y su intimidad hubiera tomado el mando con señorío excluyente. Hubiera dicho su pena, no "la gran pena del mundo". Y los versos—dijo una vez—no se han de hacer para decir que se está contento o se está triste, sino para ser útil al mundo.

Los grandes apasionados no pueden criar fidelidad a lo adjetivo. Y en Martí la lengua fué sólo vehículo: el vehículo para decir el dolor de su trópico. A ese dolor sí se le mantuvo leal. A él entregó su espíritu. Por él dejó la vida.

La medida de Martí—vamos diciendo, ahora que esta mujer nos da la carne viva del rector de multitudes—, hay que buscarla en el cruce del aliento poderoso con la carne atormentada y desvalida en que debía prender: en la tribuna política y en el ensayo biográfico subido a ejemplo motor. En el héroe vivido y en el héroe recordado.

La palabra echada desde una tribuna es siempre moneda. La baja ley es la norma. O se compra sólo la atención de la masa con pieza de cobre o se le pone en pie con oros efímeros. Una tribuna es un campo de batalla en que pugnan desesperadamente el querer artístico y el deseo de dominar en muchas mentes a media luz. Esa hibridez rebaja la calidad de la obra tribunicia robándole el quilate genuino. El discurso no puede llegar a lo permanente porque sus fuerzas internas tiran en sentidos opuestos, despedazándolo. La oratoria de Martí—que quiso salvarnos—se salvó porque en ella no están las querellas hermanas. No pueden estar. Lo que Martí ha de decir está ya en los hombres que acuden a escucharlo. De ellos ha pasado a la palabra del conductor. No ha de rebajar su palabra, porque su oyente tiene la clave de sus esencias, aunque resbale angustiosamente por entre los párrafos preñados de luces difíciles. Martí habla siempre al hombre, pero a toda voz, dando su grito de alarma y la exhortación amorosa con puntual reverencia a

su clara intimidad. De ahí que su obra de tribuna no sea más externa que la realizada entre las paredes de su cuarto neoyorquino. Jamás tomó la pluma ni la palabra sino para sentirse hombre entre los hombres. Hasta en la queja por falsía de mujer tocamos una sustancia que no es cercana. Y es que Martí—caso impar—fué hombre sin **auditorio,** sin la vanidad mimética que el auditorio comporta. Tuvo sí humanidad, que se reconocía el corazón en su palabra. Y una palabra que iba al hombre con esa desnudez augusta que se nutre de castidades esenciales. En su discurso no hay traición interna, de las que enseñan al enemigo el talón falible, sino virtud arcangélica, de la que vence de alumbrar la vía. **Vir bonus.** Y sólo eso. Martí no hizo pericia del decir. Su decir fué un modo de ser útil. No; no; José Martí no fué orador.

Se humedece la voz en las pausas. Pero por ellas no se derrama el entusiasmo desbridado. Ahora la otra voz le va restando la fuerza porque ya la ha ganado para siempre. Calla la voz de la mujer, herida de silencio. Con nosotros está el padre, la gran frente en la mano pálida, el ojo triste y presentidor clavado en los hijos vacilantes. Si pudiera dar carne a su angustia y volver a nosotros enteros en su palabra sin revés...

Juan Marinello

La Habana, 1931.

Estampas

Pensamos en El Salvador...

= *Colaboración directa* =

Pensamos en El Salvador, en la nación salvadoreña presentada hoy por las agencias cablegráficas como un centro de agitaciones comunistas. No nos interesa ya su Gobierno. Cuando lo creímos fuerte y sano juzgamos que haría mucho por la reconquista de la soberanía de los países centroamericanos. Pero luego nos hemos desengañado viéndolo correr tras el parecer palaciego, tras la ampulosidad del rábula. Le negó el Departamento de Estado su reconocimiento y sintió orfandad. Sin capacidades para enfrentarse a los problemas que la evolución política le trajo a la nación, se desanima y trata de conquistar la simpatía del Departamento de Estado con personeros cogidos de cualquier parte. No nos interesa por eso el Gobierno de El Salvador en esta hora de alarma cablegráfica. Nos interesa mucho el pueblo salvadoreño y sentimos que su momento histórico es de suma importancia.

Han ocurrido realmente todos los hechos que las agencias noticiosas difunden? Tienen la responsabilidad de ellos los comunistas salvadoreños? La verdad no la conocemos, porque quienes cuentan son los parciales. Pero es posible que nunca conozcamos esa verdad si en ocultarla están interesados hombres que viven de la miseria de los pueblos. Si la asonada ha sido el plan político sombrío, menos habrá luz de verdad. Y los comunistas seguirán siendo los promotores dignos de exterminio, la maldición que riega sangre y se harta de venganza. La leyenda maldita crecerá y para estos pueblos ignorantes habrá siempre la voz que en los instantes graves haga recaer en el comunismo todas las desgracias que los devoran. El suceso ocurrido en El Salvador es digno de la más honda reflexión precisamente porque hace de la palabra comunismo un déspota de la superstición humana. Con ella se justificarán las iniquidades de las castas que son plaga en la vida de las naciones. Parecen esas castas estragadas del uso que han hecho de otro ismos. Da Rusia el nuevo ismo y de él se agarran para recubrirlo de leyenda. No vemos cómo es unísona la acusación contra el comunismo salvadoreño? La acusación en el exterior, que es donde precisa acumular espanto contra un sistema que está en sus comienzos. Muy grave nos parece el hecho. Pensamos en la multitud de intereses que han hecho de los pueblos (tenemos en mente los pueblos de la América nuestra) la presa de innúmeras iniquidades. A pesar de lo lerdos que son esos pueblos para tomar una resolución contra las explotaciones, lo natural es que la lleguen a tomar cuando la miseria los golpee recio. Las necesidades crecen y los aguijonean. De pronto unas generaciones nacen con la inspiración de rescatar la electricidad, de rescatar la tierra, de rescatar el aire y van a la lucha fuerte y vencen. Qué inventan entonces los intereses organizados para esclavizar? Nada más sencillo que atribuir el esfuerzo magnífico de esas generaciones en rebeldía al comunismo. Ya hay creado el déspota en la palabra comunismo y se le azusa para que aniquile. Y como en la lucha que los pueblos establecen contra las piraterías se libran batallas sangrientas, el empeño será siempre darles orígenes oscuros.

De una oscuridad profunda quiere llenarse en nuestra época al comunismo. No somos comunistas, pero seguimos el desarrollo del sistema con hondo interés. Tratamos de conocerlo y nos satisface ver juicios como éste del biólogo inglés Julian Huxley: "Es el único país que basa oficialmente su existencia sobre la ciencia y trata de organizarse de modo que los principios científicos tengan un designio pleno en los negocios y en las ideas. Cualquiera que sea el curso de los acontecimientos futuros en Rusia, lo que ella ha hecho tendrá una influencia—la cual me aventuro a creer que será de aumento cada vez mayor—en el mundo". El hombre de ciencia de Inglaterra ha ido a ver a Rusia y la considera el centro de un gran experimento científico. El mundo verá algo grande. No será nunca para desgracia del hombre. Precisamente lo que Rusia hace es redimir al hombre. Y movida así no puede haber en su sistema de trabajo la oscuridad de que la infunden los otros sistemas que esclavizan, para su medro exclusivo, al hombre. No nos asusta por eso la palabra comunismo. Si hay interés en cogerla y hacer de él el espanto de los pueblos, entonces sí nos ponemos en vigilancia.

De los sucesos ocurridos en El Salvador, de lo que ellos puedan tener de ferocidad y horror, dan al comunismo la parte peor. Y otra reflexión nos viene aquí: ¿En nuestros pueblos ha penetrado Rusia? Si realmente al final de cuentas haya que dejar a los comunistas salvadoreños la responsabilidad de los hechos, y éstos han sido nada más que desbordamiento de instintos, es natural creer que Rusia no ha revelado lo que ella tiene de creador. La palabra comunista se habrá convertido en el déspota de muchas vidas anhelantes de un bienestar que van imponiendo los tiempos. Habrá entonces que decir que el camino es otro. Quizá hasta tener la pretensión de sugerir uno de los posibles caminos. Pretensión fundada en primer lugar en la aspiración de defensa de estos pueblos; y en segundo lugar en el respeto profundo que Rusia infunde. Los peligros que rondan la libertad de nuestras naciones son tantos que precisa gran vigilancia. Cualquier empeño noble es enseguida desnaturalizado y al final convertido en arma contra la vida independiente de un pueblo. Si se espera de Rusia un gran ejemplo que tenga como dice Huxley una influencia creciente sobre el mundo, ¿por qué no preparar pueblos para el advenimiento? A nuestro juicio el error grande del comunismo organizado fuera de Rusia para hacer en lugares que no son Rusia lo que Rusia va haciendo, es querer aplicar una cartilla de principios que no han nacido de la entraña a la cual se aplican. Queremos decir que ninguna nación podrá dar el paso que Rusia dió. Ha sido convertida en un inmenso laboratorio. Pues conozcan los pueblos qué se va haciendo en él para redimirlos. De ese laboratorio saldrán muchas cosas. Se experimenta en agricultura y un día los graneros del mundo podrán colmarse con el grano ruso. Se experimenta en industrias y la gasolina podrá mañana abastecer todos los mercados del globo. Se experimenta en muchos ramos y Rusia sola no podrá desbordarse. Mas si encuentra pueblos que comprendan por qué ha trabajado ella con un plan quinquenal, qué sentido tiene ese plan, entonces no habrá hecho obra vana. Antes que ponerse a buscarle aplicación a los métodos de trabajo de Rusia, deben los que la siguen hacer pueblos que entiendan mañana por qué deben aceptar los granos de Rusia y la gasolina de Rusia. Porque de otro modo, qué destino tendría el producto ruso encerrado en el propio campo de experimentación? No es que preparan el vasallaje. No es el afán de sustituir amo. No. Creemos que la tarea es tremenda y no hay que tratar de malograrla. Rusia necesita que se la ayude, pero no será sin duda implantando soviets en pueblos que no sabrán vivir un gobierno de sacrificios. La ayu-

da mejor será aquella que haga posible el implantamiento de los métodos de liberación del hombre encontrados en la experimentación que Rusia está realizando.

No creemos que los sucesos de El Salvador tengan inspiración comunista. Al menos no creemos que si la tienen, sea de tal magnitud que le quepa toda la responsabilidad de la tragedia. Pero si ilusionados por lo que Rusia hace fué que se lanzaron a una pelea sin sentido, cabe aconsejarles otro camino para trabajar por la liberación de la patria. Piensen todos los comunistas de estas tierras que no hay que descuidar la electricidad, ni las aguas, ni el aire, ni el suelo. Mucho debemos hacer para conservar sin amo estos medios de liberación de los pueblos. Aun inspirándose en el comunismo, no sabría uno qué decir en un futuro próximo o lejano, a la voz que nos preguntara en qué terreno podría fructificar la semilla de liberación, si no hay pueblos que cuiden sus fuentes naturales de riqueza. Pensamos que dentro de las ideas comunistas, más que apartarse de las realidades, precisa encararse a ellas. Saber que hay un plan quinquenal, pero no conocerlo obsesionados por su implantamiento fuera de Rusia. En Rusia se experimenta y los frutos de esa experimentación los cosecharán los hombres de todos los meridianos, si preparan sus pueblos para ello. No olvidándose de las realidades y tratando de mejorar y trabajando con ideas constructivas. Porque de lo contrario, ni Rusia influirá en nada fecundo, ni servirá el comunismo para otra cosa que para servir de víctima a las agencias noticiosas y de los advenedizos de hoy y de siempre.

Juan del Camino

Cartago, y enero del 32.

Bibliografía titular

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciban de los Autores y de las Casas editoras)

Del Sr. Encargado de Negocios de España en Costa Rica, don Luis Quer Boule, hemos recibidodos libros de que es autor:

Suiza y el progreso social. Madrid. 1931.

La Embajada de Saavedra Fajardo en Suiza. Apuntes históricos. 1639-1642. Madrid. 1931.

De esta obra, que hemos leído con gusto, nos place trasladar de la pág. 22, estos dos pensamientos de Saavedra Fajardo:

«Ninguna juventud sale acertada en la misma patria».

«Fuera de la patria se pierde aquella rudeza y encogimiento natural; aquella altivez necia e inhumana que ordinariamente nace y dura en los que no han practicado con diversas naciones».

Lu es un excelente semanario de prensa mundial que se edita en París. En la entrega del 18 de diciembre pasado, honrándonos mucho, reproduce, en la pág. 16, la respuesta del poeta ecuatoriano Jorge Carrera Andrade a la encuesta que hemos abierto sobre Canales interoceánicos: Nicaragua, Panamá.

La última obra de Rufino Blanco Fombona:

La bella y la fiera. Novela. Ciap. Madrid.

Obsequio de Arturo Mejía Nieto, Cónsul Gral. de Honduras en la Rep. Argentina, Buenos Aires:

El solterón. Nuevos cuentos. Buenos Aires. 1931.

De la benemérita editorial Espasa-Calpe, Madrid, acabamos de recibir:

Bertrand Russell: *La conquista de la felicidad.* Traductor, Julio Huici. Madrid. 1931.

Trasladamos:

Bertrand Russell ha conseguido alcanzar en poco tiempo merecida fama como polígrafo eminente, cuyos autorizados juicios constituyen positivo elemento orientador para los públicos de lengua inglesa. La amplitud que abarca su obra de exégesis y divulgación acerca de infinidad de disciplinas y aspectos científicos, filosóficos, educativos y sociales, es, verdaderamente, excepcional, y ella da idea de su capacidad intelectual, por cuanto aquélla no resta profundidad a la misma. Actualmente, Bertrand Russell va influyendo intensivamente en los países hispánicos por virtud de la traducción de sus obras al castellano.

La Casa Editorial Espasa-Calpe, S. A., acoge ahora tan prestigiosa firma, la cual no podía faltar en su catálogo. En los últimos meses viene difundiendo por toda el área de lengua española diversas producciones del gran pensador. Recientemente lo hizo de la titulada: *Ensayos sobre Educación*, que es uno de los estudios más minuciosos y lúcidos que cabe imaginarse en torno al desarrollo integral del alma infantil. Ahora lanza otra obra excelente, cuyo título ya es anticipo del positivo interés que encarna: *La conquista de la felicidad*.

Admirablemente traducida por el profesor don Julio Huici, *La conquista de la felicidad* bastaría a quien no conociese la anterior labor del autor para proclamar la densidad de su ideario cultural y humano, que le coloca en el rango de los más eminentes adoctrinadores de nuestra época. Russell aborda el tema de la felicidad, tan completo y, a la vez, tan sencillo, sobre el que se han sucedido libros y libros en el decurso del tiempo, libros entre todos los cuales fueron muy contados aquellos que ofrecieron ese caudal de observación y experiencia, libre de prejuicios, que resplandece desde las primeras páginas del que nos ocupa. El lector acaso acoja con cierta desconfianza toda obra de esta clase, precisamente por esa razón que acabamos de apuntar; pero pronto convendrá existe el fundamento de que «mucha gente desgraciada puede ser feliz mediante un esfuerzo hábilmente dirigido» que Bertrand Russell preconiza en su conciso prólogo como fundamento del trazado de su libro.

Esa sencillez enjuiciadora de los problemas de la vida y las reacciones de la conciencia tan necesaria para sentar apreciaciones definitivas, que en dicho prólogo se invoca—excluyendo, a la vez, por innecesarias la profunda filosofía y la concienzuda erudición,—hace que el lector se identifique con las observaciones y sugerencias de *La conquista de la felicidad.* Aunque la obra ofrece verdadero plan en su trazado y, por ende, positivo nexo entre sus diversas partes y elementos, cabría afirmar que se halla integrada por una serie de interesantes estudios experimentales acerca de aspectos y momentos psicológicos y sociales, de cuyo complejo armónico brota la tesis del autor. Tras el prólogo ya aludido ofrécese la primera parte, «Las causas de la desgracia», con los nueve capítulos rotulados así: «¿Por qué es la gente desgraciada?»; «La desgracia byroniana»; «Competencia»; «Fastidio y excitación»; «Fatiga»; «Envidia»; «El concepto del pecado»; «Manía persecutoria», y «El miedo a la opinión pública». La segunda parte, «Las causas de la felicidad», comprende estos otros ocho: «¿La felicidad es posible todavía?»; «Entusiasmo»; «Afecto»; «La familia»; «Trabajo»; «Intereses impersonales»; «Esfuerzo y resignación», y «El hombre feliz».

Volumen de 260 páginas, con cubierta del dibujante Rivero Gil. Precio: 5 pesetas. Espasa-Calpe, S. A., Apartado 547. Madrid.

M. E. Ravage, autor del *Mal de Europa*, también lo es de:

Cinco hombres de Francfort (La historia de los Rothschild). Trad. del original inglés por G. Sans Huelin. Madrid. 1931.

J. Miquelarena nos envía su libro *Veintitrés* por medio de la casa editora: Espasa-Calpe. Madrid. 1931.

Trasladamos:

El nombre de Jacinto Miquelarena ha destacado en los medios literarios y periodísticos españoles a lo largo de los últimos años, por virtud de sus crónicas y libros con los que ha definido su personalidad de escritor humorista original e interesante.

Sabido es que esa modalidad literaria resulta, por lo que a España respecta, en extremo reciente. Puede decirse que si bien anteriormente la sátira tuvo esplendorosa manifestación en lengua castellana, el humorismo, en cambio, apenas si ofrece entronque o filiación alguna en precedentes cristalizaciones literarias del país y la raza, siendo ahora cuando—por existir no sólo el motivo generador que supone la vida moderna, sino la positiva influencia de otros pueblos,—aquél ocupa lugar destacado en la producción literaria de la época.

El humorismo, si carece de tradición, cuenta, por otro lado, con el valor de la novedad, que le hace atrayente para los nuevos públicos. De aquí que, ofreciendo en cierto modo vida propia, haga surgir nuevos cultivadores, de los que justo es reconocer que culminan menos que en otros géneros.

Espasa-Calpe, S. A. ha contribuido a descubrir al gran humorista que hay en Jacinto Miquelarena, joven escritor y periodista vasco, del que en los dos años últimos editó sus primeros libros, titulados: *El gusto de Holanda* y *...Pero ellos no tienen bananas* (El viaje a Nueva York), y, ahora, *Veintitrés*, todos los cuales ofrecen una gran unidad conceptual y de estilo, a más de aguda visión de aspectos de la vida y las cosas expresadas con claridad y donaire.

Mientras *El gusto de Holanda* y *...Pero ellos no tienen bananas*, refiérense por completo a horizontes extranjeros, *Veintitrés* abarca tanto aquéllos como el nacional, lo que quiere decir que este póster libro es más rico en sugestiones, más amplio en su tema inspirador. Integrado por el número de trabajos breves que denota el rótulo *Veintitrés* cautiva al lector desde el primer momento, pudiendo apreciarse el gran desfile de imágenes y la original reacción subjetiva ante figuras y momentos de la vida y los problemas de hoy que constituye cualidad sobresaliente de tal libro.

Volumen de 160 páginas, con cubierta alusiva del dibujante Rivero Gil. Precio: 4 pesetas. Espasa-Calpe, S. A., Apartado 547. Madrid.

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en ediciones próximas.

El nuevo humanismo americano

= Traducción y envío de *F. Lizaso*, La Habana =

En el transcurso de los últimos meses no ha habido discusión más apasionada en América, que la concerniente al humanismo.

La única revista que era puramente—o impuramente—literaria en los Estados Unidos, **The Bookman**, se ha transformado en un periódico **humanista**. Todas las revistas, todos los "magazines", aún los menos tocados de pretensiones literarias, han consagrado innumerables columnas a la discusión sobre el humanismo. Dos colecciones de resonancia—**Humanism in America** y **A critique of Humanism**—han arrojado en la disputa una treintena de opiniones literarias contradictorias.

¿Qué es, pues, este humanismo alrededor del cual se desencadenan tantos furores y tantas controversias?

Comencemos por decir que el humanismo moderno —o neo-humanismo— no es otra cosa que una filosofía destinada a hacer fácil la vida a los intelectuales, en un mundo que, en resumidas cuentas, no es muy confortable que digamos. Toda la inspiración del movimiento tiende hacia una evasión intelectual.

El neo-humanismo representa dos tendencias significativas: trata, desde luego, de exaltar el individualismo en el sentido filosófico del término, y en segundo lugar, de luchar contra la ciencia, última fuente de autoridad en el mundo de la inteligencia. A propósito de la primera de estas tendencias, es fácil hallar abundantes contradicciones verbales fundamentales entre los representantes del actual humanismo; en lo que concierne al segundo punto, el acuerdo entre ellos es unánime.

En su esfuerzo de reducirlo todo a ley, la ciencia tiende a disminuir la importancia de lo individual, y a exaltar la importancia de las fuerzas, fuerzas que son más frecuentemente, exteriores que interiores al hombre. El maquinismo moderno ha estandardizado a tal punto la producción, que el individuo no juega sino un rol cada vez más microscópico.

Lo que hay de más interesante a propósito del nuevo humanismo, desde el punto de vista revolucionario, es que probablemente ha de obligar a los intelectuales a escoger entre dos caminos lógicos. Para defender el individualismo, apenas es posible servirse de los métodos científicos, o de esa piedra de toque que es la realidad del mundo sensible. Se trata de desenvolver una filosofía de la evasión, una metafísica o una religión que se apoyen sobre una realidad interior y mística, sobre lo que Babbitt entiende por "intuición" o "fuerza interior", si es que existe el propósito de inventar algo consistente y lógico. La difusión que el humanismo como doctrina filosófica alcance—y yo creo que habrá de extenderse entre los reaccionarios que buscan una forma de evasión—se deberá a que ofrece a sus adeptos una representación del mundo, una **Weltanschauung**, completa y no fragmentaria en su concepción. No transcurrirá mucho tiempo sin que los intelectuales lleguen a ser, bien individualistas convencidos y sólidos, bien colectivistas consistentes, es decir, en último análisis, comunistas.

Consideremos ahora el aspecto literario de la nueva doctrina.

Hace algunos años los críticos nos aseguraban que la literatura estaba separada de la vida. Era sensato que la literatura constituyera una realidad en sí, resguardada de las grandes corrientes de lucha de la humanidad. Estaba condenada a ser un fin en sí. Tal actitud debía encontrar su mejor expresión en el movimiento del arte por el arte, que tuvo su esplendor hacia 1890.

Los hombres de 1890 se esforzaban en esta demostración: el arte no tiene nada que ver con la moral, con la política, con la economía; el arte no tiene relación sino con el arte mismo. Su énfasis tiende al aislamiento. Inconscientemente, trataban de librar al arte de la presión de los hechos circundantes.

Solo hoy con el surgimiento de un humanismo nuevo, moderno, notamos la primera señal declarada de una oposición contra esta actitud. Los humanistas modernos están convencidos de que el arte, y muy particularmente la literatura, tiene relación con la vida. Más aun: los neo-humanistas se han convertido en los propagandistas de esta idea. Mr. Irving Babbitt, uno de los representantes más conocidos del movimiento humanista, ha laborado largamente para poner de relieve las conexiones de la vida entera con la religión.

"A poco que se examine el asunto con cierta amplitud, se encontrará que el problema económico encaja en el problema político, que el problema político se relaciona con el problema filosófico, y que el problema filosófico está indisolublemente ligado, en último término, al problema religioso". **(Democracy and leadership).**

En consecuencia, los valores morales, es decir, los valores religiosos, deben prevalecer sobre los valores puramente estéticos. De donde la literatura es un medio y no un fin en sí. Ayuda al hombre en la edificación de su sentido moral, y a la determinación, hacia la cual tiende, de su posición legítima en el universo.

T. S. Eliot, que en **The Sacred Wood** se adhiriera, hace apenas algunos años, al movimiento estético, ha venido a ser hoy un humanista declarado, y afirma ser "un clásico en literatura, un realista en política, un anglo-católico en religión". En otros términos, Mr. Eliot no considera la literatura como una realidad en sí, separada de las otras partes de la vida, sino que la ve como formando parte del mundo entero que le rodea. Es más enfático aun que mister Babbitt cuando sitúa la importancia de un tema religioso en la vida y en la literatura, y llega hasta decir "que sin la religión, la humanidad es estéril".

El resultado de este nuevo ardor humanístico a propósito de los valores morales y de la literatura, es una actitud nueva en materia de crítica: se trata, en el fondo, de una muy vieja posición a la cual su lógica literaria y su civilización han dado bruscamente una apariencia de juventud. Los humanistas son extremistas. Toda la literatura de los tiempos modernos se ve condenada, por ser romántica en lugar de clásica en su espíritu, y por ser **naturalista** en vez de ser humanista, por su fondo. De acuerdo con Gorhan Munson, es necesario combatir, por ejemplo, escritores como Eugene O'Neill, Sinclair Lewis, Teodore Dreisser y Sherwood Anderson, porque su estilo, tanto como el contenido de sus escritos, adolece de todas las crueles imperfecciones de nuestra época. James Joyce y John Dos Passos se ven atacados por otros humanistas porque maculan la literatura de todos los visos de la decadencia. En todo esto los humanistas son al menos consecuentes consigo mismos. Su palabra de orden es clásica. Los escritores modernos son románticos. En su posición de clásicos, los humanistas exigen de la literatura aquello que es más totalmente insólito a nuestra época.

Si examinada su fase literaria, consideramos en fin el lado social del humanismo, constatamos que es reaccionario hasta la médula, y que por otra parte, no se toma el menor esfuerzo en su defensa. Mr. Babbitt lo proclama sin posible equivocación. "La alternativa a la cual el hombre moderno acabará por quedar reducido—escribe en **Democracy and Leadership**—será la de convertirse en bolchevista o en jesuíta. En este caso (admitiendo que un jesuíta sea un católico ultramontano) la perplejidad apenas parece posible. El catolicismo ultramontano no ataca, como el bolchevismo, a las raíces mismas de la civilización. De hecho, y en ciertas condiciones desde ahora visibles, la iglesia católica será tal vez la única institución sobreviviente occidental, que pueda contarse entre los valores perdurables de la civilización".

Es por esto que, en último análisis, los neo-humanistas se consideran los fascistas de la inteligencia para las generaciones presentes, y futuras. Es necesario decir, sin embargo, que Babbitt considera las consecuencias del humanismo con una probidad que no caracteriza especialmente a sus discípulos, como tampoco a la mayor parte de sus adversarios. En la introducción de su ensayo sobre el humanismo en los Estados Unidos **(Humanism in America,)** Norman Foerster declara que "Irving Babbitt ha hecho más que nadie por formular el concepto del humanismo... y qué es el centro del movimiento humanista". No hay por consiguiente la menor mala fe hacia el humanismo, al

criticar sus doctrinas al través del propio Babbitt. Como quiera que lo consideremos y de todos modos, Babbitt es el jefe real y reconocido del fascismo intelectual que representa el humanismo. He aquí algunas palabras suyas dirigidas a sus adeptos:

"Pueden sobrevenir circunstancias en las cuales nos consideraremos felices de hallar en América el equivalente de un Mussolini: podría necesitarse de él para salvarnos del equivalente americano de un Lenine".

El humanismo, en tanto que signifique malestar intelectual, no debe ser combatido; pero debe lucharse contra él como filosofía de la reacción social.

V. F. Calverton

(Monde. Paris).

INDICE



ENTERESE Y ESCOJA:

Poesías

= *Envío de la autora* =

URUCA

Me han contado la leyenda
de las rosas de Noel,
es más lindo este milagro,
este tierno florecer.
Hoz invisible del viento
siega el pueril cosechar
jugando a cortar estrellas.
Verano sueña nevar.
¡Cuántas menudas guirnaldas!
Portal techado de azul,
incienso y hamaca suave
ya tienes, niño Jesús.
Traed cálices de oro,
llenadlos con tanta flor
y brindemos—que la uruca
anuncia nacer de Dios.

Ciruelas, Dicbre., 1931.

Y FUE A CASA DEL FARISEO...

Y fue a casa del fariseo
y sentóse a la mesa.
Nardos sus manos. La dulzura,
como brisa al trigo,
le inclina un poco la cabeza.
Vuelan palabras:
¿Será vuelo de abejas?
Se hinchan los corazones
con tan preciosa carga,
—no es más pura la miel de colmena—
(oh linaje de David, tañías el arpa
y el Espíritu fluía de sus cuerdas).
Entra la pecadora.
La que dió su cuerpo en prenda
a la dicha pasajera.
Se arrodilla. Sus lágrimas bañan
los pies que solamente madre acariciara
y las hojillas de las hierbas.
Vuelca fino alabastro, y el ungüento
hace lirios sobre sandalias viejas.
Y ella a su contacto se perfuma también:
¡si El es la flor de Galilea!
Bienaventurada mujer que besa esos pies
y los limpia con su cabellera;
Juan el Bautista que no bebía vino
decía: no soy digno de sus zapatos soltar
las correas.
Murmuran los otros: lástima de esencia,
su valor bien pudo remediar alguna pobreza.
Dícese Jesús: a los pobres siempre tendréis
con vosotros,
mas a mí poco podréis darme fiesta;
¿no es bien que mi cuerpo sea ungido
antes de darlo, en señal de Jonás, a la
tierra?
Y a la pecadora:

"Mujer, tu fe te ha salvado.
Has amado mucho y tu ofrenda es bella.
En medida de amor se perdona:
vé a gozar de paz verdadera".

Ciruelas, Dicbre., 1931.

VUELCO A LA VIEJA GAVETA...

Vuelco la vieja gaveta
y una ola de recuerdos
vierte su aroma
tras los papeles
amarillentos.
(¿Para qué conservar el cadáver
de aquel sentimiento?
no se puede confiar el amor
a la frágil telaraña
del tiempo).
Venga la llama a bailar
y devore poco a poco;
coroñado de rosas amarillas
se consuma en sus fauces
mi tesoro.
El penacho del humo es tan tenue
como un pensamiento:
alma del papel en fuga
que se esfuma
en el viento.
Cruje la presa blanca
entre las lenguas de oro.
Caen los despojos negros.
Amor que fué de la tierra
vuelve a la tierra hecho
polvo.

Heredia, Dicbre., 1931.

CANGREJOS ERMITAÑOS

Ermitaños niños
van en procesión:
son los cangrejitos
con su caracol.
Cúpulas y torres,
errante ciudad
de colores, ¿dónde
su capricho va?
Con la casa a cuestas
van a trabajar:
aran en la arena,
orillas del mar.
Apr isiono cinco:
voy a celebrar
lo acurrucaditos
que en mi mano están,
cuando, hacia la orilla
se van de través
y al suelo se tiran
en un dos por tres.
Por si acaso, luego
echan a correr
como así diciendo:
¡cógeme otra vez!
Versito, versillo,
verso juguetón
del buen cangrejillo
con su caracol.

Emma Gamboa

Heredia, enero, 1932.

La misión de América

Proyecto de Constitución para la Unión Vitalista Hispano-americana

= Envío del autor =

Art. 1º—La Unión Vitalista Hispano-americana persigue los siguientes fines:

1º—Desarrollar en todos los pueblos de la Unión la conciencia viva de un destino común, el cual habrá de cristalizar en la creación de una **nueva cultura**, que traiga a los hombres una verdadera y más amplia justicia, y una más extensa e intensa cordialidad.

2º—Procurar a todos los habitantes de Hispano América la satisfacción íntegra de sus necesidades primordiales, según las define la doctrina del **mínimum vital**; realizando para ello en las instituciones, en las leyes y en las costumbres, todas las reformas conducentes a dicho fin.

3º—Crear entre los diversos Estados de La Unión y entre las diversas regiones de cada uno, una Economía de cooperación, que sustituya a la Economía individualista,—raíz y ambiente de los odios internacionales, y generadora del hecho monstruoso de que el bienestar de unos hombres se asiente sobre la ruina de los otros.

4º—Sostener el principio natural de que la tierra no es ni debe ser propiedad privada, y de que la Nación puede, con pleno derecho, modificar las leyes que rigen su posesión y usufructo, siempre que sea de necesidad evidente.

5º—Suscitar entre todos los habitantes de nuestra América, por todos los medios posibles, la conciencia viva y militante de que, siendo la vida el **bien primario** de cada hombre, el **derecho al trabajo** debe primar sobre todos los demás derechos e intereses, porque la vida íntegra no puede realizarse sin el trabajo.

6º—Establecer el **salario mínimo vital** para los campesinos y obreros.

7º—Reconocer y estatuir que el trabajo, bien y largamente desempeñado, genera derechos de continuidad y de mejor remuneración.

8º—Crear en las nuevas generaciones, por medio de la Escuela Primaria, una mentalidad vitalista, con toda la preparación necesaria para que realicen esa mentalidad.

9º—Contener la degeneración de la raza y provocar su mejoramiento, por medio de medidas biológicas, eugenésicas e higiénicas, cuya eficacia esté suficientemente demostrada por la ciencia.

10º—Subordinar todas las relaciones conyugales al derecho del niño, a fin de que éste se desarrolle con excelencia y plenitud en lo físico, en lo económico, en lo social y en lo espiritual.

11º—Asegurar al niño desvalido la paternidad del Municipio, como complemento de la paternidad natural.

12º—Establecer entre las veintiún naciones de la América Hispana el Arbitraje Absoluto y Obligatorio, a cargo de un Alto Tribunal integrado por delegados de los propios países, y en el cual tendrán igual representación todos los pueblos asociados.

13º—Crear entre dichas naciones una Alianza Defensiva y Perpetua, que le garantice a cada una de ellas la independencia, la autonomía y la integridad territorial.

14º—Llegar a un acuerdo con los habitantes de raza india, para incorporarles a nuestra cultura, consultando en amplia medida su psicología, su historia, sus necesidades y su anhelos, manifestados libremente por los mismos indígenas.

15º—Sostener la doctrina de que es nula como fuente de derecho toda intervención extranjera. Las colonias, protectorados, m a n d a t o s y cualesquiera otras formas de intervención, se tendrán como hechos de fuerza, llamados a desaparecer, a fin de que nuestra América Hispana se mueva libremente en el camino de su alta misión.

16º—Abolir el sistema de contraer empréstitos extranjeros, por no ser compatibles con la autonomía del Estado deudor, según lo ha evidenciado la más dolorosa experiencia.

17º—Abolir el sistema de celebrar contratos u otorgar concesiones que nos obliguen para más de treinta años, porque ello implica un atentado a la vida y al derecho de las generaciones próximas.

18º—Sostener la doctrina de que para reconstruir uno o más Estados de la Unión Hispanoamericana, se deberán tomar en cuenta, por su orden y como fuentes de derecho, la unidad geográfica; el libre asentimiento de los nativos, manifestado con amplitud y evidencia; la necesidad económica amplia, la similitud de idiomas, y la posesión, continua y efectiva, por un tiempo que no baje de sesenta años.

19º—Proclamar y sostener la conveniencia y la justicia de que todos los Estados Hispanoamericanos tengan salida directa al mar, o comunicación de tránsito al mismo, perenne y suficiente, a través de los Estados limítrofes.

20º—Sostener y defender la libertad de pensamiento, de conciencia, de asociación y de tránsito.

21º—Dar prerrogativas económicas y políticas al jefe de familia, sea ésta natural o adoptiva, siempre que revista los caracteres de una realidad eficaz.

22º—Asegurar la continuidad y desenvolvimiento de la familia, estableciendo el **patrimonio familiar** o cualquiera otra institución que produzca los mismos resultados.

23º—Organizar el ejercicio de la Jurisprudencia y de la Medicina, como funciones sociales a cargo del Estado o del Municipio.

24º—Asegurar a cada municipio, en medida amplia, su independencia económica basada, si fuere posible, en la posesión, trabajo y usufructo de tierras comunales, y si no, en la explotación de cualquiera empresa lícita.

25º—Asignar a cada municipio la propiedad del suelo necesario para edificar las casas urbanas y rurales de su jurisdicción, a fin de sustraer la necesidad vital de la vivienda, al acaparamiento y extorsiones que produce la explotación de los poseedores privados.

26º—Liberar de todo gravamen aduanero o de tránsito, todos los artículos vitales que sirven para el vestido, la alimentación y el trabajo de campesinos y obreros; salvo que se produzcan en el país a un costo fácilmente accesible a las gentes de dicha clase.

27º—Dar preferencia en los presupuestos nacionales y municipales, al servicio de aguas; a los caminos; a la sanidad; a la escuela primaria; a la asistencia médica; a la provisión regular y barata de cereales y demás víveres de general consumo.

28º—Atribuir al Ejército, además de guardar la independencia, el orden legal y la autonomía de la Nación el defenderla contra toda emergencia o hecho constante que amenacen o dañen gravemente su bienestar físico o económico.

29º—Instituir el derecho del extranjero inmigrante, a no ser rechazado por causas de nacionalidad o de raza, sino, únicamente, por deficiencias o taras personales, especificadas en la ley.

Art. 2º—Siguiendo el espíritu de las prescripciones constitutivas que anteceden, se formarán Uniones nacionales, regionales o municipales, que actuarán según la idiosincracia, necesidades y posibilidades de cada Nación, y con la mira perenne de hacer de Nuestra América el instrumento necesario para la creación de una **nueva cultura** que ha de realizar los más altos anhelos del hombre.

Alberto Masferrer

Guatemala, a 26 de octubre de 1931.

La unidad de la cultura

= Discurso pronunciado recientemente por Gabriela Mistral, en la Universidad de Guatemala, al conferírsele el doctorado «honoris causa».—De *El Tiempo*. Bogotá =

Incorporada a la Universidad de Guatemala sin haber hecho méritos para ello, sin que me valga como justificación para aceptar la honra del doctorado **honoris causa** otra cosa que la sangre común y mi pasión atenta del destino de la América nuestra, cúmpleme decir en el seno del claustro el agradecimiento que los leales saben dar en caso semejante y mi concepto de la obra de las universidades en nuestro pueblos.

El territorio de Guatemala, con los de Yucatán, Oaxaca y el Cuzco, lleva la aureola de aquellos puntos geográficos sagrados a donde la raza se da cita para confortarse en la consideración de un pasado resplandeciente, para sopesar sus metales interiores, examinando los oros de espiritualidad y los bronces de resistencia que llevamos en nosotros, en cuanto a herederos de mayas y quechuas, y para saber hasta dónde podemos llegar, hasta dónde nos alcanzan los tuétanos y los alientos que nos fueron trasmitidos; cuáles son, en fin, las posibilidades de la casta.

Cualquier americano que aspire a hacerse una conciencia de tal, cualquier hombre o mujer del sur que se decida a tomar posesión de la raza en totalidad, aquí ha de venir, como yo he venido, a la Guatemala de Quirigua, a hacer en sus piedras santas la turbadora averiguación del alma maya, y a rematar en la bella ciudad colonial que es la vuestra, su colección de las ciudades españolas próceres de la América, comenzada en la Lima y el México monumentales.

Mis amigos, una leyenda me traigo yo entre otras con que cargo sin ninguna gana, y es la de enemiga de la universidad en cuanto a amiga de la instrucción popular. Nuestra mente enviciada en parcialidades antagónicas, poco gustosa de las unidades conciliadoras, cree ver en nosotros, los **sarmentianos**, en Vasconcelos o en mí, el odio de la cultura superior contrabalanceando un amor apasionado de la escuela primaria. La ocasión es propicia para esclarecer un estado de conciencia que no se han dado el trabajo de observarme antes de definirme, y ustedes me perdonarán el que yo aproveche para ello la excelente oportunidad.

En nuestra raza los nombres rara vez se yuxtaponen a los hechos y son frecuentes los bautizos fraudulentos o, cuando menos, engañosos. Por eso los que calamos los nombres para punzar en los contenidos, solemos negar el cuerpo bautizado, y nuestra negación no corresponde a un deseo de aplastar la cosa como criatura, sino de querer que ella se eleve rotundamente a la categoría del nombre a fin de que lo lleve con una meridiana legitimidad.

De este modo, yo creo en la Universidad como en una institución tan ancha y tan profunda, tan soberana de las tres dimensiones, que suelo no aceptar como tales a las universidades empequeñecidas que gobiernan no más de cua-



Gabriela Mistral

tro parcelas de la cultura nacional, cultivando, por ejemplo, las ciencias sin las industrias o éstas sin las artes.

La Universidad para mí, carga a cuestas el negocio espiritual entero de una raza; ella constituye respecto de un país algo parecido a lo que los egipcios llaman el doble del cuerpo humano, es decir, un cuerpo etéreo que contiene las fracciones y los miembros completos del cuerpo material. La universidad para mí, sería el doble moral de un territorio y tendría una influencia directora desde sobre la agricultura y las minas hasta sobre la escuela nocturna de adultos, incluyendo en su arco de atribución escuelas de bellas artes y de música.

Suceso alguno espiritual acontecería en el territorio que no lo asistiera ella con su gran presencia; obra literaria maestra, invento industrial, sistema económico ni investigación histórica alguna, aparecería en el país sin que ella se diese cuenta y tomase posesión de esas excelencias, ya sea con carácter de autora, si el creador se nutrió de ella, o de ayudadora, si el inventor vive fuera de su seno y, a lo menos, de honradora, si, desgraciadamente, ella fuera ajena a ese trabajo victorioso.

Una sensibilidad de sismógrafo, un ojo sin pestañeo, de buho mitológico, haría de ella la pulsadora más delicada de la entraña nacional y la espectadora más conmovida del acontecimiento intelectual; una conciencia riquísima de ceiba de cien brazos, capitana del horizonte, la haría la respondedora de las más diferentes actividades, y cierta universalidad de Iglesia—que eso es de hecho—la obligaría hacia todas las clases por iguales partes y hacia los obreros realizadores de las cosas. (Por ella sería de veras eso que sólo ha sido en la metáfora: el taller donde cada hombre de manos válidas tiene su ficha, su cédula y su asiento). Madre se llamaría entonces con razón a la universidad, porque, cual más, cual menos, todos habríamos vivido un tiempo sentados en su matriz de hacer y de cubrir. Y nuestras facultades nos recordarían en su forma la presión que nos contorneó y nuestro trabajo echaría, como la naranja da el color de su tronco, al ser, la fragancia confesadora de su origen. Diferentes como los hijos, técnicos, industriales, investigadores, artistas y obreros rasos, al enfilarnos como a los hijos de Hécuba, nuestros rostros o nuestra apostura dirían en tal dejo de la voz o tal giro del pensamiento, el origen común, y la gran proclamada, la **gran declarada**, estaría feliz de pasar su mano del primero al último, en un ademán de inspección y de recuento, y, como Hécuba, ella nos sabría individualizados y genéricos al mismo tiempo y hechos el bloque fuerte que se llama una casta.

Quebrantada la dirección religiosa del mundo, creado el sentido absolutamente laico de la vida, para mal o bien, no lo sabemos aún, dos potencias se levantaron a recoger el lote del gobierno de los pueblos; el Estado y la Universidad, y, como en una operación química con la sangre, quedaron diferenciados y visibles flotando en el surco innocuo de la masa, los glóbulos rojos y los glóbulos blancos de estas dos categorías de hombres: los que manipulan lo material y los que manipulan lo espiritual. Más ostensible la operación de los rojos, cosa de ver y de tocar en la vida colectiva; más sorda, más lenta y hasta algo mágica, la obra de los blancos, a los que se ha solido declarar inútiles porque, como el alma, confiesan menos su trabajo secreto para pasar de nuestra forma actual de vida confusa y entrar en esta norma sencilla y racional.

Pasado un siglo de preparación, el Estado asumiría un carácter absoluto de administración, de empresa económica, y la universidad gobernaría todo lo que no fuese asistencia material; ella aprobaría el sistema político más hábil; ella proporcionaría los medios industriales eficientes; ella depuraría, siguiendo conceptos estéticos ceñidos, los modelos artesanos que le llevarían en consulta los gremios; ella aconsejaría la distribución de los cultivos de caña, cafés y trigos; ella recolectaría los cantos escolares más calentados de emoción racial; ella dictaría los catálogos conscientes para los tipos de la biblioteca especializada por edades y vocaciones; ella tendría, como quien dice en su mano, los diversos rayos del alma, el racional, el imaginativo y el volitivo, y de ella partirían, o a ella volverían siempre, esas potencias por ímpetu espontáneo de nutrición o por parábola natural de agradecimiento.

Hoy mismo, sin embargo, Estado y Universidad forman dos potencias capitanas de nuestra vida. El primero aparece con voluntad de unidad, casi con el bulto del puño cerrado; la segunda la vemos desbaratada, pulverizada en lotes de escuela primaria, secundaria o ar-

(Pasa a la página 62)

Un cuento de Quiroga

= Charla radiotelefónica pronunciada por la *Hora Cultural*, L. S. 2. Buenos Aires =

Suele hablarse de libros recientes. Voy a referirme a uno entrado en años. Se publicó en 1918. Se llama "Cuentos de amor, de locura y de muerte". Su autor: Horacio Quiroga.

Hablaré especialmente de uno de los cuentos del volumen.

Se llama "El solitario". Y lo hago porque lo creo plenamente logrado. Al hablar a Uds. tal vez no conserve siempre una prolijidad académica. Desde ya pido perdón. Siempre recuerdo una frase de Rudyard Kippling. Decía así: "Al tirano hay que hablarle siempre claro". Y en materia publiscitaria el exigente y el tiránico, es el público.

El argumento de "El solitario" es el siguiente: Hay en el mundo un matrimonio judío. El es un pobre hombre en cuanto a carácter y un verdadero artista como engarzador de joyas. La mujer es ambiciosa; está ansiosa de tener lujos de piedras, seda y pieles. Todos los días, la mujer padece la envidia de ver cómo se engarzan las joyas que irán a parar a manos de otra. E incita al cónyuge a que aumente sus ganancias, de cualquier modo. Quiere, por sobre todas las cosas, que robe el solitario que en ese momento engarza el marido en un largo alfiler de oro. Para espolearlo, lo increpa y hasta le confiesa que le ha sido infiel.

El hombre accede. Le dice que cuando termine el engarce le dará el alfiler y el solitario. Y cumple su palabra, mientras la mujer duerme. Le da el solitario unido al alfiler. Pero clavado en el corazón.

Por lo pronto esta narración tiene un argumento neto y rotundo. Y conste que yo no llamo argumento a la secuencia retórica de exordio, nudo y desenlace. Llamo argumento a lo que llama asunto mi amigo Mallea, una idea central que constituye, en el cuento, el foco irradiante de su dinamismo. Entre el argumento tal como se concibe por lo general y el verdadero argumento, según mi manera de ver, hay la misma diferencia que existe entre la forma, como contorno de las cosas, y la forma, en sentido platónico.

Los cuentos de argumento, en sentido retórico, se olvidan al terminar su lectura. Los otros llevan una fuerza que los hace perdurables, al menos por largo tiempo. Resultan siempre una cosa orgánica, rotunda, cerrada. Pueden contener una vida o un episodio de vida, pero deben responder siempre a algo que sea definitivo. Por eso, me aventuro a decir que el cuento está muchísimo más cerca del arte teatral, que de las demás disciplinas literarias.

"El solitario" también se lee de un tirón. Otra virtud. Los relatos bien logrados son así. Deben tener el vértigo húyente del tobogán, con una patada de mula al final. El contragolpe puede ser del género que se quiera, pero si las frases finales no equivalen en intensidad, en intención o en sorpresa, a la intensidad, la intención o la sorpresa del resto de la producción, el cuento no vale la pena de ser escrito ni leído. El lector sentirá que ha sido objeto de un abuso de confianza. ¡Diez minutos de curiosidad, se dirá, para que después nos hallemos en presencia de un caso sin importancia! Se sentirá defraudado.

Otro requisito, peligroso pero necesario. Al escribir un cuento hay que exagerar algunos rasgos secundarios.

Voy a dar la razón. La creación artística pierde un poco de energía al pasar de la cabeza, al papel. Sufre un debilitamiento que es necesario tener en cuenta. Pensar exageradamente, pues, no equivale a realizar obra exagerada. Es añadir a lo creado una sobrecarga de vigor, para que el desvaimiento subsecuente, se haga a expensas del exceso y no de las partes vitales de la narración.

Seguramente, Quiroga pensó este cuento, y desde luego los magníficos relatos de Misiones que hay en este libro, aplicando tal procedimiento, que llamaríamos de prognatismo intelectual. Este relato hecho sobre personajes que vemos todos los días y pasiones tan repetidas, conservan un mismo vigor en toda su extensión. No hay un solo momento en que el relato disuene,—por lo débil,—con las escenas violentísimas de las imprecaciones, ni con su trágico final.

Y para finalizar voy a referirme a un punto, que por lo menos yo, no he hallado tratado en parte alguna. Me refiero al problema de los n o m b r e s de los personajes. Quien no haya intentado alguna vez escribir un cuento, creerá que es el autor quien impone el nombre a sus personajes. Es un error. Son los personajes quienes imponen su nombre al autor. Tal vez esto resulte arbitrario, pero yo lo siento así. A mi juicio hay un destino incoercible entre el personaje y su nombre. Y si nos sometemos a la prueba y antes de bautizar a un personaje, empezamos por evocarlo, tratando de averiguar cómo se llama, veremos que, de pronto, de los oscuros complejos de la creación artística, surgirá un apelativo muchísimo más jugoso, más descriptivo y más vibrante que el que obtendríamos buscándolo en el calendario. Esta virtud se halla en el cuento analizado. En verdad, tratándose de un personaje judío, Quiroga tuvo a su disposición setenta mil nombres para bautizar al marido, engarzador de piedras preciosas. Pero no se le ocurrió llamarlo Braustein, ni Goldenberg ni Rosenthal. Lo bautizó con el nombre



Horacio Quiroga

El solitario

= De *Cuentos de amor, de locura y de muerte*. Editorial BABEL. Buenos Aires. 1925 =

Kassim era un hombre enfermizo, joyero de profesión, bien que no tuviera tienda establecida. Trabajaba para las grandes casas, siendo su especialidad el montaje de las piedras preciosas. Pocas manos como las suyas para los engarces delicados. Con más arranque y habilidad comercial, hubiera sido rico. Pero a los treinta y cinco años proseguía en su pieza, aderezada en taller bajo la ventana.

Kassim, de cuerpo mezquino, rostro exangüe sombreado por rala barba negra, tenía una mujer hermosa y fuertemente apasionada. La joven, de origen callejero, había aspirado con su hermosura a un más alto enlace. Esperó hasta los veinte años, provocando a los hombres y a sus vecinas con su cuerpo. Temerosa al fin, aceptó nerviosamente a Kassim.

No más sueños de lujo, sin embargo. Su marido, hábil—artista aun,—carecía completamente de carácter para hacer una fortuna. Por lo cual, mientras el joyero trabajaba doblado sobre sus pinzas, ella, de codos, sostenía sobre su marido una lenta y pesada mirada, para arrancarse luego bruscamente y seguir con la vista tras los vidrios al transeunte de posición que podía haber sido su marido.

Cuanto ganaba Kassim, no obstante, era para ella. Los domingos trabajaba también a fin de poderle ofrecer un suplemento. Cuando María deseaba una joya—¡y con cuánta pasión deseaba ella!—trabajaba él de noche. Después había tos y punzadas al costado; pero María tenía sus chispas de brillante.

Poco a poco el trato diario con las gemas llegó a hacer amar a la esposa las tareas del artífice, siguiendo con ardor las íntimas delicadezas del engarce. Pero cuando la joya estaba concluída—debía partir, no era para ella,—caía más hondamente en la decepción de su matrimonio. Se probaba la alhaja, deteniéndose ante el espejo. Al fin la dejaba por ahí, y se iba a su cuarto. Kassim se levantaba al oir sus sollozos, y la hallaba en cama, sin querer escucharlo.

—Hago, sin embargo, cuanto puedo por tí,—decía él al fin, tristemente.

Los sollozos subían con esto, y el joyero se reinstalaba lentamente en su banco.

Estas cosas se repitieron tanto que Kassim no se levantaba ya a consolarla. ¡Consolarla! ¿De qué? Lo cual no obstaba para que Kassim prolongara más sus veladas a fin de un mayor suplemento.

Era un hombre indeciso, irresoluto y callado. Las miradas de su mujer se detenían ahora con más pesada fijeza sobre aquella muda tranquilidad.

—¡Y eres un hombre, tú!—murmuraba.

(*Pasa a la página 61*)

de Kasim. Y en el sonido final del vocablo en esa conjunción árabe de la i y de la eme, que trae recuerdos de un oriente enjoyado, vecino de Bagdad, halló el autor, la virtud cabalística entre la palabra y la cosa que era imprescindible para que su tallador de diamante fuere todo lo completo que requería la calidad maestra de la narración.

Y ahora dos palabras para finalizar. No he querido, con esta breve charla dar recetas para nadie. En ese caso no valdría la pena, haberla realizado, ni que Uds. me hubiesen escuchado. Pero ocurre muchas veces que el descontento de nosotros mismos cuando creamos, surge de estos pequeños problemas que nuestra pereza deja por resolver y nuestra vanidad considera como simple manía de neurasténico.

Mas si vemos las mismas observaciones del fuero interno, repetidas en los demás, advertimos desde entonces que poseen una validez objetiva y nos aplicamos a zanjarlas. Si esto se consigue, entonces sí vale la pena de que yo haya hablado y Uds. me hayan conferido el honor de escucharme.

Guillermo Estrella

(De *La Vida Literaria*, Buenos Aires)

Una encrucijada de la civilización

(Concluye. Véase la entrega anterior)

El hombre y la técnica

A este respecto el último libro de Oswald Spengler titulado "El hombre y la técnica" suscita las más interesantes cavilaciones. Pero antes de aprovechar en esta coyuntura el libro de Spengler quiero recordar, con permiso del auditorio, ciertas ideas constantes en un libro publicado fuera de Colombia por un peregrino de esta nacionalidad. En ese libro figura un estudio intitulado "La civilización manual" destinado a señalar la importancia de la mano en las conquistas espirituales y materiales designadas con el título todavía un tanto ambiguo de cultura o de civilización. El autor innominado llega a sostener en tal ensayo que es más considerable y de seguro más evidente la obra de la mano que la del cerebro en la evolución del espíritu humano. Spengler, en el libro a que me he referido, desenvuelve la misma tesis y la lleva más adelante. "Al pensamiento del ojo que es la mirada escudriñadora del animal predatorio, se ha añadido, dice, el "pensamiento de la mano". "La obra de la mano pensante la llamamos "hecho"; la obra de los animales es mera "actividad". "Desde cuándo, pregunta el analista de las culturas, desaparecidas o en decadencia, desde cuándo existe el animal de presa capaz de realizar inventos?... Desde cuándo existe el hombre? Qué es el hombre? Cómo ha venido a serlo? La respuesta dice: por la aparición de la mano".

Con la sagacidad propia de su análisis y haciendo uso de la copiosa documentación que le ha suministrado a su memoria adamantina y sin límites la historia de todas las culturas, Spengler sigue el desarrollo de la mano en su empeño cultural, prolongada en el arma, multiplicada en los inventos del siglo XIX, maravillosamente desenvuelta con sus mismas creaciones en los ingenios mecánicos del siglo XX. Quiero traducir una página de su obra más reciente, en la cual está compendiada la tendencia general de sus argumentaciones.

La técnica esotérica

"Pertenece a la trágica condición de esta época que el pensamiento humano desencadenado no alcanza a captar todas sus consecuencias. La técnica se ha hecho esotérica a la manera de las altas matemáticas, de las cuales se sirve, y así como las teorías de la física, que subdividiendo sin misericordia las abstracciones de la apariencia han llegado sin advertirlo a las bases fundamentales del conocimiento. La mecanización del mundo se encuentra en una hora de tensión máxima. La imagen del planeta con sus plantas, animales y hombres se ha trasformado. En pocos decenios han desaparecido bosques extensísimos convertidos en papel de imprenta y con tal desaparición han sobrevenido cambios de clima que amenazan la producción agrícola de grandes poblaciones; innumerables especies animales como el búfalo se han extinguido o están para extinguirse; razas enteras de hombres como los indios de Norte América y los de Australia se acercan a la hora de su total destrucción. Todo lo orgánico va quedando sometido a una prepotente organización. Un mundo artificial o artificioso penetra hasta el fondo del mundo natural y lo envenena. La civilización no es ya más que una máquina con la pretensión de hacerlo todo a máquina o convertirlo todo en un mecanismo. Se piensa en caballos de fuerza... Sea ello racional o deje de serlo, el pensamiento técnico exige que se le ponga en práctica. La máquina, en fin de fines, como su secreto ideal, el movimiento perpetuo, no es más que un símbolo, una aspiración del alma, pero no una necesidad vital". Spengler. **Der Mensch un die Technik,** p. 78). En este orden de ideas el autor llega a pronosticar la próxima llegada del momento en que la razón y la voluntad del hombre queden supeditadas a la creación de la mano, su prolongación multiforme y omnipotente que es la máquina del día, ya casi poseedora de las temibles facultades que le asignaron los habitantes del país imaginado por Samuel Butler.

La civilización y la miseria

El espectáculo de las naciones europeas o americanas más civilizadas les ofrece una fácil comprobación a las teorías de Spengler. Cuanto más alto es el grado de civilización a que han llegado algunas naciones o parte de ellas, mientras más extensa es en ellas la actividad mecánica y más se ha desarrollado la máquina en sus servicios a las necesidades humanas, más apremiante va siendo la miseria general. Donde el hambre ha avanzado ayudada por los descubrimientos y sutilezas de la técnica, el individuo o la sociedad están más oprimidos por las leyes económicas. Inglaterra, Alemania, los Estados Unidos saxoamericanos, Italia, Suecia, están empeñadas en la solución de una crisis con caracteres de catástrofe. Y sin embargo, ante las miradas del hombre desprevenido parece como si la crisis no debiera existir. Hay en Alemania seis millones de hombres sin trabajo, cuya situación amenaza la existencia de la forma republicana en ese vasto imperio. Las fábricas de calzado, merced a la capacidad y perfección de las máquinas dedicadas a la producción de ese artefacto, están llenas hasta el techo y no pueden colocar en el mercado sino una parte mínima de su obra. La máquina ha superado con su actividad y su producto los cálculos de la inteligencia humana, y entre tanto, a causa sin duda de otro error de cálculo, empiezan a verse en Berlín mismo y desde luego en los campos y en las pequeñas ciudades más excéntricas de Alemania, mozalbetes y gentes maduras, recorriendo las calles y los caminos a pie descalzo.

El taylorismo

El poderío de la máquina va creciendo con tanta rapidez que la civilización contemporánea exige de sus más atrevidos propugnadores la conversión del hombre en un aparato mecánico. Esta ciencia, formulada por Taylor, tiene por objeto suprimir en el obrero todos los esfuerzos o movimientos inútiles al desempeño de su tarea, no en beneficio del individuo sino del mecanismo industrial o económico de que forma parte. Hay, supongamos, dos mecanógrafas en una oficina, de las cuales una escribe ciento, otra ciento veinte palabras por minuto. A la simple vista el jefe de la oficina no alcanza a percibir las causas de esa diferencia. El taylorista aplica el cinematógrafo retardado y descubre con toda precisión el movimiento superfluo que ejecuta la señorita de las cien palabras. Le recomiendan que se aplique a suprimir ese movimiento en la seguridad de que al lograrlo escribirá por minuto tantas palabras como su compañera. No de otro modo procede el mecánico a quien se le encomienda la simplificación de una máquina de muchas piezas.

La técnica domina al hombre

Con todos estos adelantos de la ciencia de la administración, como llamó Taylor al conjunto de sus afirmaciones, el hombre no ha logrado ejercer dominio absoluto sobre la técnica. Es su obra, pero la obra se le impone al creador. Por tal manera se han complicado las relaciones de los hombres entre sí y con la materia explotable que las grandes inte-

ligencias y voluntades aplicadas a la política en las grandes naciones o a la dirección de las formidables empresas industriales o comerciales se agotan prematuramente. Es trágica la actitud de un Lloyd George o un Poincaré a quienes la ciencia médica les impone un retiro prematuro cuando la patria espera en ellos para resolver problemas de inminencia fatídica. En los Estados Unidos saxoamericanos el taylorismo ha decretado la incapacidad de los hombres de más de cicuenta años para llenar en fábricas o compañías de explotación comercial puestos de alta dirección o de grave responsabilidad. Además, como dice Spengler, la organización técnica del mundo no va a fallar porque escaseen o falten en absoluto el carbón, el petróleo, o sean insuficientes las caídas de agua, sino porque faltarán los hombres preparados para cumplir satisfactoriamente los deberes que impone la técnica. En tanto que la garra pensante pueda ejercitarse en el invento, el carbón, el petróleo, las caídas de agua podrán ser reemplazadas por nuevos agentes de propulsión. Para mantener las actuales grandes organizaciones en un pie de producción y eficiencia como el presente, hacen falta, dice Spengler, "unas cien mil cabezas de orden primordial, organizadores, inventores, ingenieros. Deben ser capacidades no solamente de gran fortaleza sino de virtudes creadoras, poseídas de entusiasmo por su carrera y dotadas de una diligencia inflexible". Esta clase de personalidades no se improvisan y por más amplios y profundos que sean sus talentos necesitan de largos años de instrucción y de ejercicio metódico para llegar a su completo y feliz desarrollo. Antes de 1914 la juventud suministraba a la industria y a la política talentos y voluntades cuantos eran necesarios para dirigir a los hombres en las variadas carreras y actividades de que se componía el engranaje social Después de la prueba fatal de la guerra, las generaciones que la hicieron, las que sufren hoy sus consecuencias, han cambiado de actitud en frente a la función social. El adolescente de hoy no cree en el futuro con la misma tenaz convicción con que sus antepasados preparaban el porvenir. Su actividad, sus impulsos se cifran en el presente y en el presente se agotan. "El pensamiento faústico, dice Spengler, empieza a fastidiarse de la técnica. Se difunde por todas parte un cansancio, una especie de pacifismo en el combate contra la naturaleza". La idea de sacrificar muchos años para adquirir eficiencia en el desempeño de una función determinada ha dejado de ser un ideal de las inteligencias jóvenes. "Empieza la fuga de los conductores natos en presencia de la máquina". Cada día se hacen más raras en la especie las cualidades a las cuales se debieron en el siglo XIX las grandes organizaciones y los grandes inventos.

El capital y el crédito

A medida que el cerebro del hombre pierde el dominio de los maravillosos instrumentos creados por la mano pensante, en otro orden de ideas se le escapa también otro de los grandes factores de progreso. El capital y el crédito se sustraen a las influencias del talento y de la voluntad humana. El crédito, en especial, sin cuyo auxilio la esfera de acción del capital se reduce considerablemente. Apenas es posible imaginar que la humanidad hubiese llegado al grado de civilización logrado en los dos úlimos siglos sin la cooperación fecunda, constante y previsora del crédito. Pero en el momento en que nos hallamos, los grandes directores de las finanzas han perdido por donde quiera el dominio de su instrumento más eficaz y más prolífico. Como si fuera una tímida bestia de innumerables anillos el crédito ha abandonado sus frecuentaciones favoritas y se ha refugiado en los bancos como en una caverna. El hombre ya no tiene fe en las grandes instituciones de crédito y vuelve al uso de las huchas. de los calcetines fatigados, y de la discreta corteza terrestre. La antigua invención de los intereses para trasladar a espaldas ajenas la maldición bíblica del trabajo; el ingenioso recurso de dividir la propiedad en partes ínfimas y movilizarlas creando hipotecas sobre cada una de esas pequeñas partes sufrieron tremenda sacudida desde que en 1929, en un solo día, la bolsa de Nueva York registró una pérdida total de cuatro millones de pesos en aquella clase de valores. El sistema de forzar las ventas sin que ellas correspondieran a otras tantas compras socavó el crédito de las grandes instituciones industriales y bancarias y toda una clase social vino a encontrarse reducida a condición económica muy vecina a la miseria. Trescientas mil personas hay hoy en la sola ciudad de Nueva York vendiendo plátanos en las calles o solicitando la caridad del viandante, que hace apenas dos años tenían su apartamento en un barrio elegante de la ciudad imperial, poseían su automóvil y gozaban de una vida tranquila sin abundancia y sin lujo pero con envidiable decoro. En aquel país se cuentan por miles los institutos bancarios que en esos dos años han cerrado sus puertas con detrimento punzante de sus accionistas y depositantes. El solo banco llamado de los Estados Unidos como por designación intencionada de la providencia financiera, tenía cerca de seiscientas sucursales en el haz de la república y pasó con todas ellas a la lista de las empresas frustráneas. Ese fué el último acto del drama en que el hombre perdió el dominio del crédito.

En la nueva era que empieza a nuestra vista ya no quiebran los bancos. La inventiva humana que se prepara a doblar una página doliente de su historia financiera ha modificado el sistema. Ya no quiebran los bancos, quiebran las naciones. Una tras otra, con la frialdad del hombre avezado a las grandes soluciones espirituales, han declarado su incapacidad de pagar con el fin de salvar sus instituciones de crédito. Inglaterra y tras ella muchas otras naciones de Europa repudian una parte considerable del valor total de su moneda. echando así sobre toda la nación la pérdida que iban a sufrir los bancos.

Una catástrofe prevista

Era de prever esta dolorosa catástrofe. Los negocios se basaban de un lado en el crédito, con lo cual la riqueza pública se contaba en gran parte por el volumen de los papeles representativos de valores reales o ficticios. De otro lado existía la moneda metálica para servir de garantía a una cantidad de numerario absolutamente insuficiente para representar los valores todos de la riqueza mobiliaria. En 1922 había en nueve bancos de Londres solamente 1800 millones de depósitos de particulares. El total de numerario no pasaba de 150 millones. En caso de una contracción del crédito, de un pánico de los depositantes, cómo podrán pagar los bancos las sumas puestas a su cuidado por el candor de sus clientes?

Tal situación empieza a liquidarse en estos momentos no sólo en Gran Bretaña sino en todas las naciones del mundo culto.

Labores financieras

Como en las grandes crisis de la historia, los fenómenos económicos se acompañan hoy de grandes transformaciones morales. El mundo ha llegado a una encrucijada de la civilización. Cada pueblo o estado se imagina que la angustia económica es un fenómeno peculiar suyo y hace esfuerzos inauditos para salvarse por su propia cuenta; pero el mal es universal y no será posible ni obrar la salvación de un pueblo aisladamente, ni llegar a esa salvación por los medios usados antes de 1914. Impone pavor considerar que los hombres a quienes la mala suerte del planeta ha comisionado en este instante para dirigir a las naciones no quieren darse cuenta de que estamos frente a una transformación general en la conciencia del mundo que no tiene su igual sino en la época de Constantino el Grande. La sacudida inorgánica del mundo en 1914, desquició el edificio de la civilización. El hombre no piensa ni siente como antes de la guerra mundial. En todos los órdenes de ideas surgen nuevos problemas de urgente solución.. En el siglo cuarto de nuestra era una inteligencia superior, de gran tino político y de vastas capacidades administrativas, adivinó el cambio que se operaba en los espíritus y se puso a la cabeza de la transformación, no por razones de fe religiosa sino por maravillosa intuición de necesidades políticas. Constantino, a pesar de sus simpatías por los hombres de la nueva fe, no era cristiano. Aguardó hasta la hora de su muerte para adoptar la religión de Cristo, como para sellar políticamente su gran nombre de estadista. La iglesia que canonizó a su madre no le ha puesto aun en la lista de sus santos. La transformación de las conciencias era tan real que Juliano con todos sus talentos de hombre de estado y su vivo amor al paganismo falló totalmente en sus tentativas de restauración.

La esterilidad humana

En esta hora de la política mundial la especie humana esterilizada se niega a producir el hombre necesario para dirigir el mundo en el camino de su transformación. El señor Baldwin en Inglaterra se imagina que el alza de las tarifas y la depreciación de la libra esterlina van a señalar nuevos rumbos morales y económicos a un mundo desengañado de las antiguas fórmulas; Herbert Hoover no tiene para mirar el espectáculo de las miserias actuales y de las urgentes necesidades actuales de su pueblo, sino los ojos de un cuáquero del siglo XVIII. Afirma todavía, como si contemplase el mundo desde una estrella remotísima, que todos los problemas actuales van a resolverse con una profunda fe en las doctrinas individualistas del siglo pasado.

Si hay algo incontestablemente cierto en el horóscopo de los humanos destinos es esto: Cualquiera que sea la solución que el mundo haya de darle a la crisis que lo atormenta, debemos tener por seguro que tal solución no tendrá por base el hacer volver las sociedades ni moral, ni económicamente, ni del punto de vista del espíritu a la condición equívoca existente antes de 1914.

La ruina de las civilizaciones

No es, como he indicado arriba, esta la primera vez en que una cultura se ha visto detenida en su desarrollo por causas dependientes de la misma cultura. Muchas civilizaciones han desaparecido arrastrando consigo a los pueblos en cuyo seno se habían iniciado y se habían desenvuelto hasta llegar a un grado estupendo de esplendor y magnificencia. Recuerdos quedan de la cultura a que llegaron los babilonios, los caldeos, los asirios, el antiguo Egipto. En América misma hay vestigios de civilizaciones cuya desaparición no se explica siempre por el choque con una cultura superior. Las civilizaciones no perecen, por lo general, a impulsos de elementos extraños. Se destruyen a sí mismas o se paralizan como en China, obedeciendo a los cánones mismos de su desarrollo. La biblia ha conservado el mito de la torre de Babel, aplicable en otra forma al momento histórico en que nos ha tocado vivir. En Shinar los hombres perdieron el uso de la lengua común, instrumento maravilloso de cultura, y retornaron a la barbarie porque no podían entenderse. En nuestros días el hombre ha perdido el dominio de la técnica y del crédito, los dos agentes más poderosos de progreso creados por la mano y por el entendimiento en fecundo concierto.

Una civilización es un lujo

No debemos perder de vista que toda civilización es un lujo. Remy de Gourmont no creía en las civilizaciones pobres. Si estudiamos con mirada atenta y desprevenida los anales de las perturbaciones económicas acaecidas en los cinco últimos años, hemos de convenir en que el mundo de los valores reales se conserva intacto; pero en el curso de las dos últimas revoluciones de la tierra alrededor del sol, los valores ficticios han menguado en una proporción desordenada. Nos da una idea de esa disminución fatídica el hecho de que las acciones del National City Bank han descendido en pocos meses de 800 a 90 dólares por unidad. La civilización y cultura de que gozaba el mundo tenía su apoyo en esos valores ficticios. A Colombia le tocó parte de esa ficción y usó de ella procurándose el lujo de un millón de victrolas. En otras direcciones la civilización lujosa de Colombia se complacía desprevenidamente en trazar vías férreas imposibles, en alguna de las cuales llegó a disipar con suprema elegancia trescientos mil pesos oro en un solo kilómetro para no llegar a parte alguna. La nación está llena de carreteras que dan la idea parcial de lo infinito porque se sabe dónde empezaron, mas no se sabe dónde acaban o han de acabar. Ni es Colombia la única nación atacada de este prurito ininteligente de gastar sus energías y su poder razonante en la producción de cosas superfluas. Alemania disipa en medio de su angustiosa penuria centenares de millones de marcos en la construcción de una nave de guerra eliminando los remaches para hacerla más leve y más ligera. Sin duda no pensaba contrarrestar con ese nuevo instrumento de destrucción el poderío de la marina inglesa y de los acorazados franceses. El lujo de la civilización ha llevado a los ingleses a construir aeronaves monstruosas por muchos millones de libras para darle al continente el espectáculo lamentable de una catástrofe aérea sin precedentes.

Una era que no volverá

No volveremos nunca a las plácidas horas, anteriores a la guerra de 1914, cuando el sistema de la competencia y la explotación del hombre por el hombre habían creado una forma de equilibrio instable con apariencias de estado permanente. La humanidad debe convencerse de que sus haberes han venido a menos y de que siendo la civilización un lujo, el estado social que lleva ese nombre necesita una rectificación según la cual todos los países serán más pobres en valores ficticios. A un mismo tiempo importa reconocer que el mundo moral, el mundo de la ciencia, el mundo de la economía se ha desorganizado y es menester proceder a restaurar el orden con la mayor premura para evitar males de una magnitud que sobrepasa la amplitud de las más atrevidas imaginaciones. La organización sobre todo, primero en el interior de los pueblos desorganizados y luego en un leal y generoso c o n c i e r t o de todos los pueblos cultos.

El hombre civilizado de 1931 que asiste al espectáculo de esta quiebra general de la civilización se ve obligado a confesar que las capacidades razonadoras son por desgracia muy mezquinas. El hombre ha perdido la capacidad de aplicar sus propios inventos a aumentar su felicidad. Las máquinas producen más de lo que producían hace diez años y a pesar de que millones de gentes carecen de lo necesario, los productores no pueden hacerlo llegar a las gentes necesitadas a un precio que esté de acuerdo con sus capacidades de pago. El trigo abunda extraordinariamente en Rumania, en el Canadá, en la Argentina; los labriegos del Danubio lo queman para calentarse en el invierno, y Alemania tiene que recurrir al centeno para cocer el pan de cada día. El hombre capaz de usar miles de millones de valores ficticios, es incapaz de distribuir con inteligencia los productos de tierras ubérrimas cultivadas en toda la riqueza de sus posibilidades por una técnica capaz de convertir el desierto en tierras preciosas de pan llevar.

Abandonando el propósito infantil de volver a 1914 y a las ideas anticuadas de la competencia brutal y del individualismo sombrío de mediados del siglo XIX, el mundo, si quiere salvarse, ha de proceder a organizarse en una asamblea de todas las naciones, cada una de ellas dispuesta a dedicar sus actividades, en beneficio de la comunidad de los pueblos y en su propio interés; a producir aquellos elementos para cuya producción está mejor equipada por la próvida naturaleza. Mientras el mundo o las personas que hoy dirigen el curso de los pueblos no sean capaces de pensar internacionalmente, sin olvidar los intereses nacionales, el mundo o sus directores están cortejando el abismo. O puede ser como lo insinúa Spengler, que el hombre haya venido a ser fatalmente inferior a la tarea que tiene por delante y en tal caso no estará muy lejos la congelación de la presente cultura como sucedió en China o la aceptación de un retroceso para poner nuestra vida de acuerdo con nuestra riqueza.

B. Sanín Cano

(*El Tiempo*. Bogotá).

La tragedia de Tchitcherin!

= Envío del autor =

Basta con mirar las estrellas para darnos cuenta de la pequeñez de las grandezas humanas.—*Richet.*

Parece que fué un poeta francés, uno de esos que saben hacer de su pobreza un crisol, quien escribió magníficamente estas verdades: "Ser pobre, no poseer en el mundo más que una cama, una mesa, una silla, una lámpara y una chimenea. Hacer algunas economías en el comer para que el petróleo y el carbón no lleguen a faltar. Llevar viejos trajes desgastados, que dan un aire de modestia. No afeitarse en mucho tiempo. Ser despreciado por la señora guapa del primero. Encontrar en la escalera un señor gordo que no le pide perdón a uno para adelantarse. Tener una portera arrogante. Pasar, a las siete de la tarde, junto a obrerillas que no reparan en uno, porque ellas quieren un galán con dinero... Ser pobre, Dios mío, es todo esto; y es conocer la vida".

El recuerdo de ese grito lleno de filosofía ha venido a nosotros leyendo el reciente cable de Moscú, en el cual se informa que el célebre diplomático ruso, el elegante Tchitcherin, fué recogido por la policía en las calles de la capital de los Soviets, en estado de embriaguez, sucio y mal vestido como un vulgar vagabundo o trotacalles. El antiguo Comisario del pueblo en las relaciones exteriores de Rusia, ha comenzado a conocer la vida.

La triste situación de su Excelencia, el hombre que con Lenine y Trotzky formó el primer Directorio bolchevique que hizo triunfar la Revolución, demuestra a las claras la ingratitud de las democracias, siempre olvidadizas, volubles e ingratas. Y realmente, el hombre aprisionado en las cárceles de Moscú, es el mismo que, sobre un pie de igualdad tomó puesto en las conferencias internacionales al lado de Briand y Poincaré, de Lloyd George y Baldwin; el mismo a quien el Presidente de Estados Unidos cerró cariñosamente sus manos; el mismo negociador hábil que llegó a Ginebra con un lujo no antes igualado, seguido de una corte inmensa de Secretarios y empleados, recibiendo en los relucientes salones del Palacio que ocupó, lo mejor de los representantes oficiales del mundo entero, inclusive al Secretario del Vaticano, Cardenal Gasparri, quien llevó al mimado de los Soviets los saludos del Papa... Sí; ese Tchitcherin es el mismo de quien el cable informa que ha sido arrestado por ebriedad y escándalo.

No contando con el apoyo de Stalin, el antiguo diplomático se halla sin empleo y ni siquiera es recibido por el Dictador ruso. Y como todo el trabajo se halla nacionalizado, se encuentra en la imposibilidad de ganar la vida honradamente. Así, pues, el hombre que durante dos veces entregó su fortuna, inclusive su salario, al servicio de la Revolución hoy definitivamente triunfante, sufre amargamente los rigores del régimen que él ayudó a crear y, mezclado a los más bajos seres, se ha dedicado al alcohol, esperando quizás morir en una calle solitaria y helada, o al lado del Kremlin...

Sic transit gloria mundi, enseñaban los latinos. Y en verdad, que el caso que comentamos da motivo para mayores meditaciones. Mas ese caso no está solo. M. Chalton, ministro en el gobierno laborista de Mac Donald, hase visto obligado a subir de nuevo a su locomotora, para ganar el sueldo de maquinista de segunda clase. Otro volvió detrás de un mostrador y de unas rejas, a contar dinero ajeno, con salario muy reducido a causa de la crisis inglesa. Míster Henderson, notable Ministro de Relaciones Exteriores de la Nación, mejor aún del Imperio más grande de la tierra, ex-Presidente de la Sociedad de las Naciones y futuro Presidente de la Conferencia del Desarme que se reunirá en Febrero, ha vuelto a vacar sus antiguas labores: es jefe de Estación... Muchos otros (y no hablamos de los nobles de muchas latitudes que viven aquí de los más bajos menesteres) se hallan en peligro de caer para siempre en el silencioso abismo de la miseria sin esperanza. No encuentra trabajo, y todas las puertas se le cierran...

Ejemplos todos éstos de lo que significan la grandeza humana y la humeante gloriola de la política. Pero espejos brillantes que reflejan con claridad de medio día lo que son las turbulentas democracias de todos los sitios del planeta.

Maeterlink tuvo razón cuando dijo:

"Si Dios volviera a la tierra, tendría piedad del corazón de los hombres."

Marcelino Valencia

París. Enero de 1932.

EL SOLITARIO

(*Viene de la página 57*)

Kassim, sobre sus engarces, no cesaba de mover los dedos.

—No eres feliz conmigo, María—expresaba al rato.

—¡Feliz! ¡Y tienes el valor de decirlo! ¿Quién puede ser feliz contigo?... ¡Ni la última de las mujeres!... ¡Pobre Diablo! —concluía con risa nerviosa, yéndose.

Kassim trabajaba esa noche hasta las tres de la mañana, y su mujer tenía luego nuevas chispas que ella consideraba un instante con los labios apretados.

—Sí. . . No es una diadema sorprendente. . . ¿Cuándo la hiciste?

—Desde el martes—mirábala él con descolorida ternura;—mientras dormías, de noche. . .

—¡Oh, podías haberte acostado!. . . ¡Inmensos, los brillantes!

Porque su pasión eran las voluminosas piedras que Kassim montaba. Seguía el trabajo con loca hambre de que concluyera de una vez, y apenas aderazaba la alhaja, corría con ella al espejo. Luego, un ataque de sollozos:

—¡Todos, cualquier marido, el último, haría un sacrificio para halagar a su mujer! Y tú. . . y tú. . . Ni un miserable vestido que ponerme, tengo!

Cuando se traspasa cierto límite de respeto al varón, la mujer puede llegar a decir a su marido cosas increíbles.

La mujer de Kassim franqueó ese límite con una pasión igual por lo menos a la que sentía por los brillantes. Una tarde, al guardar sus joyas, Kassim notó la falta de un prendedor,—cinco mil pesos en dos solitarios. Buscó en sus cajones de nuevo.

—¿No has visto el prendedor, María? Lo dejé aquí.

—Sí, lo he visto.

—¿Dónde está?—se volvió él extrañado.

—¡Aquí!

Su mujer, los ojos encendidos y la boca burlona, se erguía con el prendedor puesto.

—Te queda muy bien—dijo Kassim al rato.—Guardémoslo.

María se rió.

—¡Oh, no! Es mío.

—¿Broma?...

—¡Sí, es broma! ¡Es broma, sí! ¡Cómo te duele pensar que podría ser mío. . .! Mañana te lo doy. Hoy voy al teatro con él.

Kassim se demudó.

—Haces mal. . . Podrían verte. Perderían toda confianza en mí.

—¡Oh!—cerró ella con rabioso fastidio, golpeando violentamente la puerta.

Vuelta del teatro, colocó la joya so-

bre el velador. Kassim se levantó de la cama y fué a guardarla en su taller bajo llave. Cuando volvió, su mujer estaba sentada en el lecho.

—¡Es decir, que temes que te la robe! ¡Que soy una ladrona!

—No mires así. . . Has sido imprudente, nada más.

—¡Ah! ¡Y a ti te lo confían! ¡A ti, a ti! ¡Y cuándo tu mujer te pide un poco de halago y quiere. . . Me llamas ladrona a mí, infame!

Se durmió al fin. Pero Kassim no durmió.

Entregaron luego a Kassim para montar, un solitario, el brillante más admirable que hubiera pasado por sus manos.

—Mira, María, qué piedra. No he visto otra igual.

Su mujer no dijo nada; pero Kassim la sintió respirar hondamente sobre el solitario.

—Una agua admirable. . .—prosiguió él.—Costará nueve o diez mil pesos.

—Un anillo. . .—murmuró María al fin.

—No, es de hombre. . . Un alfiler.

A compás del montaje del solitario, Kassim recibió sobre su espalda trabajadora cuanto ardía de rencor y cocotaje frustrado en su mujer. Diez veces por día interrumpía a su marido para ir con el brillante ante el espejo. Después se lo probaba con diferentes vestidos.

—Si quieres hacerlo después. . .—se atrevió Kassim un día.—Es un trabajo urgente.

Esperó respuesta en vano; su mujer abría el balcón.

—¡María, te pueden ver!

—¡Toma! ¡Ahí está tu piedra!

El solitario, violentamente arrancado del cuello, rodó por el piso.

Kassim, lívido, lo recogió examinándolo, y alzó luego desde el suelo la mirada a su mujer.

—Y bueno: ¿Por qué me miras así? ¿Se hizo algo tu piedra?

—No—repuso Kassim. Y reanudó enseguida su tarea, aunque las manos le temblaban hasta dar lástima.

Tuvo que levantarse al fin a ver a su mujer en el dormitorio, en plena crisis de nervios. Su cabellera se había soltado, y los ojos le salían de las órbitas.

—¡Dame el brillante!—clamó.—¡Dámelo! ¡Nos escaparemos! ¡Para mí! ¡Dámelo!

—María. . .—tartamudeó Kassim tratando de desasirse.

—¡Ah!—rugió su mujer enloquecida.—¡Tú eres el ladrón, miserable! ¡Me has robado mi vida, ladrón, ladrón! ¡Y creías que no me iba a desquitar. . . cornudo! ¡Ajá! Mírame. . . No se te ha ocurrido nunca, ¿eh? ¡Ah!—y se llevó las dos manos a la garganta ahogada. Pero cuando Kassim se iba, saltó de la cama y cayó de pecho, alcanzando a cogerlo de un botín.

—¡No importa! ¡El brillante, dámelo! ¡No quiero más que eso! ¡Es mío, Kassim miserable!

Kassim la ayudó a levantarse, lívido.

—Estás enferma, María. Después hablaremos. . . Acuéstate.

—¡Mi brillante!

—Bueno, veremos si es posible. . . Acuéstate.

—¡Dámelo!

La crisis de nervios retornó.

Kassim volvió a trabajar en su solitario. Como sus manos tenían una seguridad matemática, faltaban pocas horas ya para concluirlo.

María se levantó a comer, y Kassim tuvo la solicitud de siempre con ella. Al final de la cena su mujer lo miró de frente.

—Es mentira, Kassim—le dijo.

—¡Oh!—repuso Kassim sonriendo.—No es nada.

—¡Te juro que es mentira!—insistió ella.

Kassim sonrió de nuevo, tocándole con torpe caricia la mano, y se levantó a proseguir su tarea. Su mujer, con las mejillas entre las manos, lo siguió con la vista.

—Y no me dice más que eso. . .—murmuró. Y con una honda náusea por aquello pegajoso, frío e inerte que era su marido, se fué a su cuarto.

No durmió bien. Despertó, tarde ya, y vió luz en el taller; su marido continuaba trabajando. Una hora después Kassim oyó un alarido.

—¡Dámelo!

—Sí, es para ti; falta poco, María—repuso presuroso, levantándose. Pero su mujer, tras ese grito de pesadilla, dormía de nuevo.

A las dos de la madrugada Kassim pudo dar por terminada su tarea; el brillante resplandecía firme y varonil en su engarce. Con paso silencioso fué al dormitorio y encendió la veladora. María dormía de espaldas, en la blancura helada de su pecho y su camisón.

Fué al taller y volvió de nuevo. Contempló un rato el seno casi descubierto, y con una descolorida sonrisa apartó un poco más el camisón desprendido.

Su mujer no lo sintió.

No había mucha luz. El rostro de Kassim adquirió de pronto una dureza de piedra, y suspendiendo un instante la joya a flor del seno desnudo, hundió, firme y perpendicular como un clavo, el alfiler entero en el corazón de su mujer.

Hubo una brusca abertura de ojos, seguida de una lenta caída de párpados. Los dedos se arquearon, y nada más.

La joya, sacudida por la convulsión del ganglio herido, tembló un instante desequilibrada. Kassim esperó un momento; y cuando el solitario quedó por fin perfectamente inmóvil, se retiró cerrando tras de sí la puerta sin hacer ruido.

Horacio Quiroga

La unidad de la cultura

(Viene de la página 56)

tística y debilitada fabulosamente por este desmigajamiento.

Me acuerdo yo de la universidad moderna, cuando veo una ilustración dantesca de esas en que, con la formidable unidad teológica, aparece el núcleo divino como un hueso de fruto, echando de sí la potencia que teje en zonas la pulpa, luego las suavidades y los colores de la piel; luego la medida del perímetro y la norma de los contornos. Y es que toda idea de unidad toma por la fuerza maneras teológicas, porque la ley de la creación se parte en esencia y modalidades, en paternidad y en filialidades, y así se nos vuelve, querámoslo o no, teología.

Dualidades no aceptaremos sino la fundamental de cuerpo y alma, de Estado y Universidad, que ya es en sí bastante tragedia esto de que tengan que separarse fatalmente en hemisferios el poder y el pensamiento, la realización y la concepción. Pero que vivamos a lo menos la unidad de la cultura nacional en forma aproximada a la que he anotado sumariamente.

Los miembros de la vida espiritual de nuestros países andamos sueltos como las tribus que no han aprendido aún vertebración, y, por sueltos, desventurados, y por desventurados, rebeldes, con no sé qué suicidio resuelto en la cara.

Los miembros de la vida espiritual vimos sin núcleo que nos afirme y nos sustente, desconocidos por las patrias materiales que aceptan como suyos cerros y ríos, pero no sus realidades espirituales, a las que declaran montón aéreo de palabras, como si de aire no vivieran ellas en la atmósfera que las viste; pintores y escultores andan lo mismo, viviendo bajo montes de escupe-muros y amasamenos, como si la luz que hizo una aparta de colores y una distribución de volúmenes en el paisaje, realizase cosa distinta de lo que ellos hacen, decorando el mundo para regalo de esos ojos apetitosos que son los del hombre; los músicos, familia huérfana si las hay, viven mirados como maniáticos dulces, que están empeñados en organizar la emoción común en duendes musicales, lo cual está muy bien para que hagan nuestro aire vivo y él no nos hastíe y por el hastío nos lleve al embrutecimiento.

Perdónenme ustedes que esté haciendo una especie de lamentación de las a r t e s desgajadas de las universidades nuestras, y que esta queja, deliberadamente patética, yo la enderece en el claustro de una universidad que, tal vez, con la de México, sea la que ha pecado menos que ninguna otra de nuestra raza por este capítulo. Un profundo sentido gremial hace que yo me vea siempre, en actos de esta índole, acompañada y seguida de la masa de mi gremio abandonado que me mueve a reclamar por él, a levantar petición justa por el mismo.

Las artes, desde las llamadas bellas hasta las artesanas, sus pares legítimas, se parecen al Ismael echado de la casa de Abraham y padre de clan infeliz que tomaría el desierto por único derecho y adquiriría costumbre y modos de vagabundo, ciertos cinismos que son desesperaciones y ciertos nihilismos que son áspera venganza. Al Jacob guardado en la casa paterna, seguro y nutrido, ¿no le haría nunca falta, pienso yo, ver en su mesa al nómada de cara curtida, sabio en estaciones y en vientos, donoso hablador, lindo compañero para los días y para las noches? ¿Y las ciencias, promovidas y celadas por la universidad, el Jacob de esta metáfora, no se amojaman, se apelmazan y se vuelven pesadas a la larga, sin tener el contacto, siquiera tardío, de las artes ágiles y excitadoras? Por otra parte, estas artes, echadas a la intemperie como los cabritos mascadores de café del cuento ¿no se vanalizarán de brincar siempre y se afiebrarán de no mirar nunca la cara de las ciencias de pestañas fijas que piensan y hacen pensar?

Unidad fortalecedora, unidad telógica,

sea la frase de orden de nuestras empresas de cultura. Nada grande viviendo su grandeza puertas afuera de la universidad; ninguna actividad con marcas espirituales echada de este regazo labrado para el espíritu; nada que sea nacional viviendo desgajado y hambreado por su caída del tronco que se ha asignado el destino de sostener y de alimentar.

No temo yo actos como el presente con carácter de simple cortesía sino con el de invitación a una convivencia. Me asignan un lugar entre ustedes y pueden y deben señalarme obligación. Me gusta corresponder si no pagar.

Cuando la Universidad de Guatemala, pasada la penitencia económica del momento, pueda emprender unos estudios largos de la raza aborigen, los grandes mayas fundamentales, denme entre ustedes sitio de cronista enamorada del asunto; cuando la Universidad de Guatemala emprenda la divulgación de su literatura en el extranjero, denme materiales para cooperar; cuando haga el recuerdo de la flora de su suelo entre la cual yo ando encandilada, y queriendo aprender algo, háganme llegar sus publicaciones botánicas, para que yo bien me informe y bien me aproveche.

Mis amigos: me acaece en la madurez de mi vida, recibir honras que me exceden tanto como se excedió el abandono de mi juventud. Siendo yo de las que cuando le echan su elogio, no dejan de seguir viendo su propio contorno y lo miran implacablemente en su línea verdadera, me aflige la honra rebosante, como aflige al pintor de mirada honesta el trazo abultador que desequilibra la masa. A fin de que esa aflicción de espíritu no se me vuelva una vergüenza que me vaya escociendo, proporciónenme ustedes ocasión de trabajar para ir devolviendo, y acabar un día mereciendo lo que ustedes me dan en esta hora de efusión americana.

Gabriela Mistral

Guatemala, 1931.

Babel y América

= Envío del autor =

Sería por lo menos infantil desconocer que la humanidad, en el siglo de las luces, avanza en la oscuridad. Nunca, como en los tiempos actuales, los hombres se habían visto en presencia de problemas tan complejos como insolubles. El mundo se debate angustiosamente en medio de un caos oloroso a tragedia. Un absorbente materialismo invade todos los dominios del espíritu. El maquinismo avanza con insolente despreocupación. Las distancias se acortan para acelerar la vida y cada día los hombres se desconocen más. Por todas partes se predican nuevas doctrinas con pretensiones de dogma y los problemas de todo orden se multiplican ante el asombro de una civilización sentenciada a muerte, que mira con ojos espantados la culminación de su propia obra.

Vivimos el siglo más rico en la historia y por extraña paradoja la humanidad se considera cada día más miserable. El proletariado ataca al capitalismo por ambicioso y éste a su vez acusa al proletariado porque no consume. Europa trata de defenderse desesperadamente de las nuevas doctrinas socialistas y comunistas que, con los viejos sistemas, se disputan el derecho a gobernar y pretende sostener su agresivo individualismo como base de la personalidad. La India se rebela; ya no quiere seguir a sus **protectores,** sino que prefiere la tutela espiritual de un idealista, el idealista de más fuerte personalidad que pisa hoy el planeta y detrás del cual se insinúa ya la silueta de un patíbulo. La América del Norte, "el nuevo rico", agotada prematuramente a causa de sus excesos de juventud, se balancea al borde de un pavoroso abismo, llevando de un lado el oro del mundo y del otro, a manera de contrapeso, los despojos de sus víctimas confiadas y débiles.

Y la América, nuestra América europeizante ayer y hoy yanquilófila, aislada geográficamente de aquella Babilonia, que bien pudiera estar gestando para parir mañana, se entrega a imitar grotescamente la desesperación de los otros, aparentando sufrir los mismos males y tratando de aplicarse los mismos remedios. Nuestra América, imitadora más de los vicios que de las virtudes ajenas, quiere inyectarse las mismas dosis que han sido recetadas para los enfermos adultos, sin pensar que su débil constitución ni las necesita ni las resiste. Imitamos al niño que quiere ser igual al viejo.

Los achaques que hoy aquejan al viejo mundo no son los males nuestros. Aquellos países y aquellos hombres, productos gastados de caducas civilizaciones, que ya han dado toda su vitalidad y energía, tienen razón en sentirse enfermos y cansados; es un proceso biológico: nacieron, crecieron, se multiplicaron y ahora tienen que morir. En cambio nuestra América está virgen; apenas si empezamos a vivir el primer ciclo de una civilización efervescente que nos acosa y nos obliga a marchar porque nos dejamos conducir como niños. Vivimos ensimismados en la contemplación de los problemas ajenos, descuidando la solución de los nuestros que son más graves porque son problemas de creación. Cultura, religión, sistemas políticos y económicos, todo lo hemos importado y no satisfechos con esto, ahora queremos importar los achaques ajenos.

Necesitamos despertar, pero despertar a tiempo de este pesado sueño a que nos hemos entregado inocentemente. Las viejas culturas, los tradicionalismos extraños, los sistemas filosóficos y políticos, los empréstitos, son drogas heroicas con las cuales nos hemos envenenado durante un siglo de vida **independiente.** Necesitamos crearnos una personalidad, pero una personalidad vigorosa, arrancada de nuestras propias fuerzas raciales, fecundada por nuestra propia América y orientada por nuestra propia voluntad. Debemos agarrarnos a la tierra no con nostalgia de vencidos sino con fiereza de conquistadores; fecundarla, antes de que lo hagan los extraños, hambrientos de carne joven. Las entrañas de nuestra tierra americana palpitan con estremecimientos virginales presintiendo la llegada de los invasores que, como los antiguos bárbaros, nos darán guerra sin cuartel hasta despojarnos de lo que todavía hoy podemos defender: nuestra América.

Arturo Zapata

Manizales, Colombia, 1932.

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X

REPERTORIO AMERICANO
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Suscrición mensual, ¢2.00
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.00 / El año, $5.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

Mujeres de América

Blanca Luz Brum de Parra del Riego



Blanca Luz Brum
Apunte de *Juan Devescovi.* 1927.

En esencia una mística de las grandes causas. El amor, plataforma de acero para espolvorear desde allá las palabras azules, vibrantes, imantadas. Inició la existencia junto a Juan Parra del Riego y fué espiritualmente para él la savia de la mujer vegetal. La aportó la posibilidad de realizar lo único, lo solo definitivo en el camino: moldear un espíritu que nos es querido. Fué la enamorada del hombre y de la obra que quedó «prisionera de sus ojos muertos». El amor demarcó su vida y una cruz en el cementerio fué el vacío de la tierra entera. Pero los perfiles de los muy abandonados, saben entrecruzar sus ángulos en la obscuridad, y la causa de los que olvidaron la alegría fué la suya.

Como al poeta llevó a los otros «la vergüenza de dejarse hacer tan triste por la vida». De todas las fuerzas que nos ponen en pie quizás ninguna más poderosa, más dura y más trágica en su indiferencia que la fuerza espiritual de causa desviada, la fuerza del fracaso; la que nos tumbó el destino llevándose al hombre o la idea a que estaba aplicada. Surge entonces la fuerza franca del que se da todo entero, del que no titubea, pues ya no existe el interés pequeño de la felicidad personal, que pone siempre miedo en las acciones. Y entonces: se triunfa, pero se triunfa con indiferencia, en separación absoluta del factor felicidad. Se hizo una obra, se cumplió un deber; todo lo demás se quedó en esas primeras aspiraciones deformadas, ahogadas, oprimidas, que fueron en realidad las solas verdaderas y de las cuales nos despojamos a partir de cierta edad. Deseándolas como a la vida misma pusimos al actuar toda la angustia, toda el ansia de lo que nos es vital y al quererlas perfectas las malogramos.

A esa época pertenece una de las mejores poesías de Blanca Luz:

Mis veinte años buscándote
como una ronda de marineros ebrios
las nubes tiran hacia el mar las últimas
estrellas vacías
y en este lecho de anhelos mutilados
amaneció una rosa muerta,
los espejos murmuran cuando paso
los árboles murmuran cuando paso

tu imagen en cada pétalo
en las hojas de los libros
y en todas las sonrisas de mi hijo
mis ojos descalzos suben las cumbres del silencio
el día pasa cantando
yo aquí encogida como una mariposa
prisionera de tus ojos muertos.

Tus cabellos

Qué extraños y sombríos me parecen a veces
los cabellos retintos y lacios de mi amado!
cuando él entra nervioso su mano amarillenta
parece que en la noche entrara la tormenta!
y cuando quedan largos
en mi seno tirados,
es llanto, triste y negro
sobre un pañuelo blanco.
Un gran cuervo que ha muerto
en colinas nevadas!...
tus cabellos parecen! siglos de noches sin estrellas!
Largos y sollozantes suspiros de doncellas!

Muerto Parra del Riego Blanca Luz abandonó el Uruguay. Su misión estaba en el Perú y ahí, de pie frente a todos los vientos, su revolucionaria cabeza incásica abrió el cortejo de los que se agruparon junto a Mariategui. Tras ella Magda Portal, Miró Quesada y muchos otros.

Mariátegui es una de las promesas mejor cimentadas de la nueva América. Su libro *La escena contemporánea* muestra una madurez y una claridad de talento extraordinaria. Sus conceptos de sociología, su visión del panorama mundial son nítidos y firmes; tienen esa sencillez de los pensamientos que en realidad expresan algo.

Guerrilla le valió a Blanca Luz el camino del destierro. Mas ya la obra poética de Parra del Riego y la suya poética y social estaban difundidas.

Llegó a Chile. Pero ahí el momento espiritual era más propicia a un José Santos Chocano. Sin embargo la juventud supo manifestar su preferencia.

Ahora Argentina. Y ahí está Blanca Luz de nuevo al frente de *Guerrilla*.

Guerrilla es cartel de renovación ideológica. Latigazo a la burguesía intelectual; ataque a los valores consagrados por compadrazgo, por debilidad ambiente; tcheca literaria con su correspondiente lista de ejecutados. Así aun cuando no pudiera tomarse como un dogmático evangelio, siempre sería perceptible la belleza de su gesto purificador.

Y ese es el mérito principal de Blanca Luz: su lucha, su fe, su entusiasmo para poner en pie los valores espirituales. Al margen de la vida práctica gira en su carrousel de humo dejando el buen impulso al borde de todos los caminos. Para ella la existencia salió de su engranaje de pequeñas causas y efectos convirtiéndola en una capa vagabunda con una revolucionaria dentro.

Marta Vergara

(De *L'Amerique Latine*. París).

Imprenta LA TRIBUNA